TAKAYUKI
ISHII
MIL
PÁJAROS
de PAPEL
La historia de
SADAKO
SASAKI
NUBE DE TINTA

TAKAYUKI ISHII

Mil pájaros de papel

La historia de Sadako Sasaki

Traducción de **Elena Macian Masip**

NUBE **DE TINTA**

SÍGUENOS EN

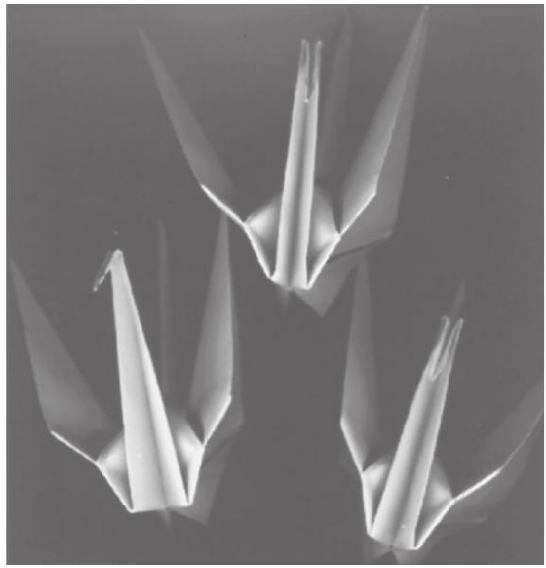
megustaleer

@megustaleerebooks
@somosinfinitos

@nubedetinta

@somosinfinitoslibros

Penguin Random House Grupo Editorial



En Japón, la grulla es un símbolo tradicional de larga vida y buena fortuna. Según el relato del folclore japonés, si una grulla de papel representa mil años de felicidad, mil pájaros de papel representarían un millón de años de felicidad.

Introducción

Un día, en otoño de 1991, mi hijo, Scott, que entonces cursaba quinto de primaria, llegó del colegio muy emocionado y me preguntó si conocía la historia de Sadako. Al principio no supe a qué se refería, porque a Sadako, en Japón, se la conocía como «la niña que hacía grullas de papel» y no por su nombre de pila, pero, cuando mi hijo me contó su historia, la reconocí. Daba la casualidad de que mi familia y yo teníamos pensado visitar Japón la primavera siguiente. Scott me pidió que lo llevase a Hiroshima porque quería ver la estatua de Sadako. Fue el principio de un viaje que terminaría con la escritura de este libro.

Cuando volvimos de visitar Hiroshima, en abril de 1992, leí varios libros sobre Sadako, además de muchos otros volúmenes sobre Hiroshima y Nagasaki. Cuando terminé de leer todo el material que pude encontrar sobre la niña, decidí escribir un libro que narrase lo sucedido para los niños de Estados Unidos y de otros países de habla inglesa.

Si tomé la decisión de escribir este libro en particular, fue porque me interesan los niños. Ellos representan nuestro futuro; creo que los niños y los jóvenes son una parte esencial de nuestra sociedad actual. Jóvenes y adultos debemos trabajar juntos para conseguir una sociedad mejor.

Cuando se habla de los horrores de las bombas atómicas que se lanzaron sobre Hiroshima y Nagasaki, la gente suele decir: «¡No nos

olvidemos de Pearl Harbor!». Tienen razón: debemos recordar Pearl Harbor, pero también debemos recordar Hiroshima, Nagasaki, el Holocausto, los horrores de la Segunda Guerra Mundial, la guerra de Corea, la masacre de My Lai en Vietnam y todas las demás atrocidades que se han cometido en las guerras a lo largo de la historia. El quid de la cuestión, tal y como yo lo veo, no es quién o qué país cometió cada crimen, sino por qué. Irremediablemente, cada guerra trae consigo tragedias terribles, un derroche inmenso y una destrucción inmoral. Todas las guerras, sin importar lo grandes o lo pequeñas que sean, lo cerca o lo lejos que sucedan, rebajan nuestra humanidad hasta niveles de barbarie.

¿Por qué contar la historia de Sadako? Porque la historia de esta niña va más allá de la paz mundial, más allá de los horrores de la bomba atómica. Es una historia que merece la pena contar, y espero que merezca la pena leer. Basta conocer, aunque sea solo por encima, a esta niña tan valiente para darse cuenta de que tenía una personalidad excepcional. Quienes la conocieron no tardaron en descubrir que era una niña con un don especial, capaz de enfrentarse con dignidad a la adversidad y de ser fuerte ante las muchas dificultades que la vida le puso por delante. Podemos dar por hecho, sin temor a equivocarnos, que una persona con menos coraje que hubiera tenido que soportar un calvario semejante no habría sobrevivido tanto tiempo como ella, ni tampoco se habría enfrentado a él con tanta valentía.

No obstante, en esta historia tan conmovedora hay otro aspecto que no debemos perder de vista. Desde el principio, la dolorosa y prolongada carga de Sadako se vio aligerada en gran medida por el apoyo incondicional que recibió de su familia, sus amigos y su profesor, que la adoraban. Todos ellos la apoyaron de forma heroica e incondicional. Y, finalmente, ¿a quién no se le levantaría el ánimo al saber de ese grupo de jóvenes estudiantes que, prácticamente solos y de forma milagrosa, convirtieron un bonito sueño en una realidad asombrosa e inspiradora?

En mis esfuerzos por escribir un libro que contase lo que sucedió, me di cuenta de que ver por mí mismo dónde y cómo había empezado la historia sería algo muy beneficioso para mí. Este objetivo solo podía conseguirlo si conocía los hechos de primera mano, y eso solo podía

hacerlo en Japón…, ¡el hogar de Sadako Sasaki!

Visité de nuevo Hiroshima y Nagasaki en 1993 y 1996, y desde el primer día me sentí abrumado por la ayuda y la hospitalidad que me dispensaron todos los miembros de la familia Sasaki, incluyendo a la madre y el padre de Sadako, a su hermano mayor, Masahiro, y su esposa, Yaeko, y a Tomoyo, la hija de ambos. Conocí a Eiji, el hermano menor de Sadako, en el cementerio. No pude ver a su hermana pequeña, Mitsue, porque vivía lejos de su familia, en Fukuoka. Durante la primera visita que hice a los Sasaki, paseé, charlé y comí con ellos a menudo. Me enseñaron muchas fotografías de Sadako y me regalaron unas cuantas grullas de papel que la niña había hecho durante su estancia en el hospital.

Un tiempo después, fui a visitar la tumba familiar donde están enterrados los restos de Sadako. Incluso antes de que terminase mi visita, ya sentía que aquellas personas encantadoras se habían convertido en una parte de mi familia.

También conocí a Kiyo Okura, que había sido la compañera de habitación de Sadako en el hospital. Compartió conmigo información personal muy valiosa sobre ella, que entonces era desconocida para el gran público. La señora Okura es hoy la bibliotecaria de un instituto de Tokio.

También tuve la suerte de conocer al señor Ichiro Kawamoto, que tuvo un papel fundamental en la construcción del *Monumento a la Paz de los Niños*, en japonés *Genbaku-no-Ko-no-Zo* (‘la estatua para los niños de la bomba atómica’). Hoy está jubilado de su trabajo como conserje del instituto para chicas Jogakuin de Hiroshima, pero, junto con un pequeño grupo de la Asociación de las Grullas de Papel de Hiroshima, todavía cuida del *Monumento a la Paz de los Niños* y se asegura de que siempre esté impecable. El señor Kawamoto también se encarga del monumento que homenajea a los muchos coreanos que fueron víctimas de la bomba atómica. Cuando la lanzaron, en Hiroshima había un gran número de coreanos haciendo trabajos forzados. Muchos de ellos murieron.

Este libro no estaría completo si no mostrara la gratitud que siento hacia las personas siguientes por su generosa ayuda.

Mi esposa Jeanette: siempre recordaré los ánimos y el apoyo que me prestó de forma constante. Mi hijo Scott, cuya idea fue el

empujoncito que necesitaba para empezar. Los señores Alen Gascone y Mark Dunn y las señoras Lee Ebs, Helen Borrello y Sarah Strawn, por su ayuda editorial, y la señora Sarah Carlson, por sus ilustraciones. Y, finalmente, la señora Marie Bogart, que escribió a máquina y preparó el manuscrito para la editorial.

Y, también, quiero mostrar mi agradecimiento a todos los nuevos amigos, socios, ayudantes y simpatizantes que hice en Japón y en Estados Unidos.

Gracias a todos.

TAKAYUKI ISHII
Abril de 1997

Sadako en el primer curso.

Prefacio

«¡Levantemos una estatua por la paz en Estados Unidos, como la estatua de Sadako en Japón!» Es la propuesta que resonaba en las aulas de la escuela primaria Arroyo del Oso de Albuquerque, Nuevo México, en febrero de 1990.

Esa posibilidad se convirtió en una realidad cuando, en agosto de 1995, en el cincuenta aniversario de la creación y el lanzamiento de la bomba atómica, se erigió y se dedicó en Albuquerque el modelo para el *Monumento a la Paz de los Niños Estadounidenses*, «Nuestra esperanza para un futuro pacífico», . El modelo se eligió en mayo de 1994 en el Museo de la Ciencia de Bradbury de Los Álamos, Nuevo México. Del mismo modo que los niños y los jóvenes involucrados en el movimiento japonés habían sido clave para que la estatua de Sadako se convirtiese en una realidad, los niños de Estados Unidos, con el asesoramiento de los adultos, tuvieron también un papel imprescindible en el movimiento de este país.

Cuando se levantó y dedicó el *Monumento a la Paz de los Niños* en Albuquerque, yo albergaba la esperanza de que todos nosotros, jóvenes y viejos, comprendiéramos y decidiéramos no olvidar jamás los terroríficos efectos que la bomba nuclear tuvo en Hiroshima, Nagasaki, el atolón Bikini y las islas Marshall, donde estos horrores quedaron patentes de forma particularmente vívida, así como en el resto de los lugares del mundo que sufrieron las pruebas nucleares.

Se construyó el *Monumento a la Paz de los Niños* tan cerca de un

lugar tan simbólico como Los Álamos, donde se creó la primera bomba atómica, para que nadie olvide nunca que la paz mundial es nuestro sueño, que la paz debe triunfar.

Los padres de Sadako en 1993.

La historia de Sadako y el *Monumento a la Paz de los Niños* nos ayuda a comprender en profundidad qué sucedió exactamente el 6 de agosto de 1945 en Hiroshima; qué le pasó ese día a la familia Sasaki, cómo sobrevivió Sadako, qué la llevó a hacer sus pájaros de papel y cómo se acabó construyendo el *Monumento a la Paz de los Niños* en el Parque Conmemorativo de la Paz de Hiroshima.

El 5 de mayo de 1958, en una mañana clara de primavera, en un pequeño parque de Hiroshima, miles de niños descubrieron solemnemente la estatua en memoria de Sadako Sasaki, que nació el 7 de enero de 1943 y murió el 25 de octubre de 1955. El monumento también homenajea a los otros miles de niños que fallecieron debido a la explosión de la bomba atómica y sus terribles consecuencias. Este sencillo monumento de piedra dedicado y construido por los niños de Japón se ha convertido en un símbolo de la paz a lo largo y ancho del mundo.

Diez años después de que lanzaran la bomba atómica sobre Hiroshima, Sadako, de doce años, murió en la cama de hospital en la

que había estado postrada durante los últimos ocho meses de su vida. En un tranquilo silencio, sin derramar una lágrima, sin un solo murmullo, sus ocho meses de dolor y sufrimiento llegaron a su fin.

El coraje que mostró Sadako al luchar por su vida, así como la fe inquebrantable que demostró al hacer los mil pájaros de papel, inspiraron a sus compañeros de clase y a gente de todo Japón, tanto jóvenes como adultos, para erigir una estatua que la recordase, a ella y a los muchos otros niños que murieron como consecuencia de la bomba. Se trata del *Monumento a la Paz de los Niños*, conocido hoy en todo el mundo, y también llamado la 'estatua para los niños de la bomba atómica' (*Genbaku-no-Ko-no-Zo* en japonés).

Cada año, miles de visitantes hacen una peregrinación hasta el monumento para homenajear la memoria de los niños que murieron como consecuencia de la bomba atómica y sus secuelas. En silencio, la gente coloca pájaros de papel de colores a los pies de la estatua.

Espero que esto inspire al lector para unirse a este círculo siempre en expansión que forman aquellos que deciden seguir el ejemplo de Sadako, haciendo pájaros de papel y trabajando por la paz mundial.

1

La bomba atómica y la radiación

Entre 1941 y 1945, Japón estuvo involucrado en la Segunda Guerra Mundial, una conflagración que afectó a la mayor parte del mundo. En 1945, el final de la guerra se hallaba cerca, y Japón, Alemania e Italia estaban siendo derrotados por las fuerzas de los Aliados, entre los que se encontraban Estados Unidos y el Reino Unido. La mayoría de las ciudades japonesas sufrían constantes bombardeos aéreos. Grandes escuadrones de Boeing B-29 arrojaban sin cesar bombas incendiarias sobre Tokio, Yokohama, Osaka y Nagoya.

Como resultado de los bombardeos, muchas de estas ciudades se convirtieron en océanos de fuego. Tras el impacto, una bomba incendiaria propaga una sustancia parecida al aceite que arde con intensidad por grandes extensiones, destruyendo todo lo que toca. En aquel entonces, la mayoría de las casas japonesas eran de madera, así que prendían con mucha facilidad y ardían hasta sus cimientos con gran rapidez. Se destruyeron muchas casas intencionadamente por todo Japón con el objetivo de crear espacios vacíos y detener así la propagación del fuego.

Mientras tanto, científicos estadounidenses estaban creando una bomba mucho más devastadora: la primera bomba atómica de la historia. La primera se desarrolló en Los Álamos, Nuevo México, y su

primera prueba fue el 16 de julio de 1945. El ejército estadounidense ya había elegido una ciudad japonesa para el primer bombardeo.

Hiroshima fue la elección inicial; Kokura, la segunda, y Nagasaki, la tercera. Escogieron estas ciudades porque eran centros de fabricación de material militar para la guerra. Los líderes del ejército estadounidense decidieron que un día claro y despejado sería el más adecuado para esa misión.

La bomba atómica que lanzaron sobre Hiroshima liberó una gran cantidad de radiación. La muerte de Sadako, diez años después de la catástrofe, fue debida a la exposición radiactiva que sufrió.

La radiación no se ve, pero es como la luz: penetra y lo impregna todo y a todos los que estén cerca. Una vez expuestos a la radiación, por bajos que sean los niveles de esta, todo ser vivo empezará a deteriorarse y acabará muriendo. En algunos casos, la enfermedad que causa progresa en el cuerpo humano con lentitud durante un largo período de tiempo. Este fue el caso de Sadako.

Debido a la gravedad de la radiación que se propagó en Hiroshima y Nagasaki, muchos científicos creyeron que allí no volverían a crecer árboles, hierba, vegetación ni vida humana durante un centenar de años.

2

Una mañana inolvidable

El 6 de agosto de 1945, en Hiroshima hacía calor y el día era claro y soleado. Al amanecer, temprano, las alarmas por ataque aéreo alertaron a la población, y miles de personas se ocultaron. La causa de esta alarma en concreto resultó ser un avión de las fuerzas aéreas estadounidenses utilizado para el reconocimiento del clima, que estaba comprobando las condiciones atmosféricas sobre Hiroshima. A las 7.32 horas sonó la alarma que indicaba que el peligro había pasado, y la gente retomó su rutina habitual. No sabían que el piloto de ese avión había comunicado por radio al cuartel general de su comando de bombardeos que el clima era perfecto para llevar a cabo la misión.

Ese mismo día, cuando amaneció sobre la base militar estadounidense de la isla de Tinián, cerca de Guam, un bombardero B-29 llamado *Enola Gay*, que cargaba una bomba llamada *Little Boy* (Niño Pequeño), estaba calentando motores para el despegue. El mundo había cruzado el umbral que lo separaba de una edad atómica que podía terminar con su total destrucción. Más o menos al mismo tiempo, en Hiroshima dejaba de sonar la alarma por ataque aéreo; la gente, aliviada, pensó que ese día no habría ningún ataque aéreo. Con los motores listos, el *Enola Gay* despegó y se dirigió directamente a la

ciudad, con una única bomba en su departamento para misiles.

Ignorantes del destino que los esperaba, los habitantes de Hiroshima retomaron su rutina. Como en muchas otras ciudades, muchos de ellos estaban derrumbando una serie de casas para limitar la propagación del fuego en las zonas más pobladas. Aquella mañana, unos diez mil individuos se hallaban trabajando en esas zonas, incluidos ocho mil chicos y chicas de los institutos locales.

El *Enola Gay* soltó su carga letal mientras volaba más o menos a ocho mil quinientos metros por encima de su objetivo. Segundos más tarde, a las 8.15 horas, Hiroshima entera quedó cubierta por un estallido de luz brillante. Inmediatamente después, le sucedieron una violenta ráfaga de viento, un calor intenso y una explosión sónica ensordecedora, como si la ciudad hubiese caído en las entrañas del infierno. Ese solo fue un momento de aquel día fatídico. Por primera vez en la historia, la humanidad se veía amenazada por la ira impredecible de la bomba atómica.

El centro de la bomba estaba por encima del edificio que hoy en día se conoce como la Cúpula de la Bomba Atómica o Cúpula de Genbaku. En realidad, la bomba estalló en el aire, a poco más de dos kilómetros por encima de la ciudad, y produjo más de cuatro mil grados de calor al nivel del suelo al instante. Para comprender la intensidad de ese calor, basta con recordar que el agua hierve a cien grados Celsius y que el hierro empieza a derretirse al alcanzar los mil quinientos grados.

La Cúpula de la Bomba Atómica (Fundación para la Cultura de la Paz de Hiroshima).

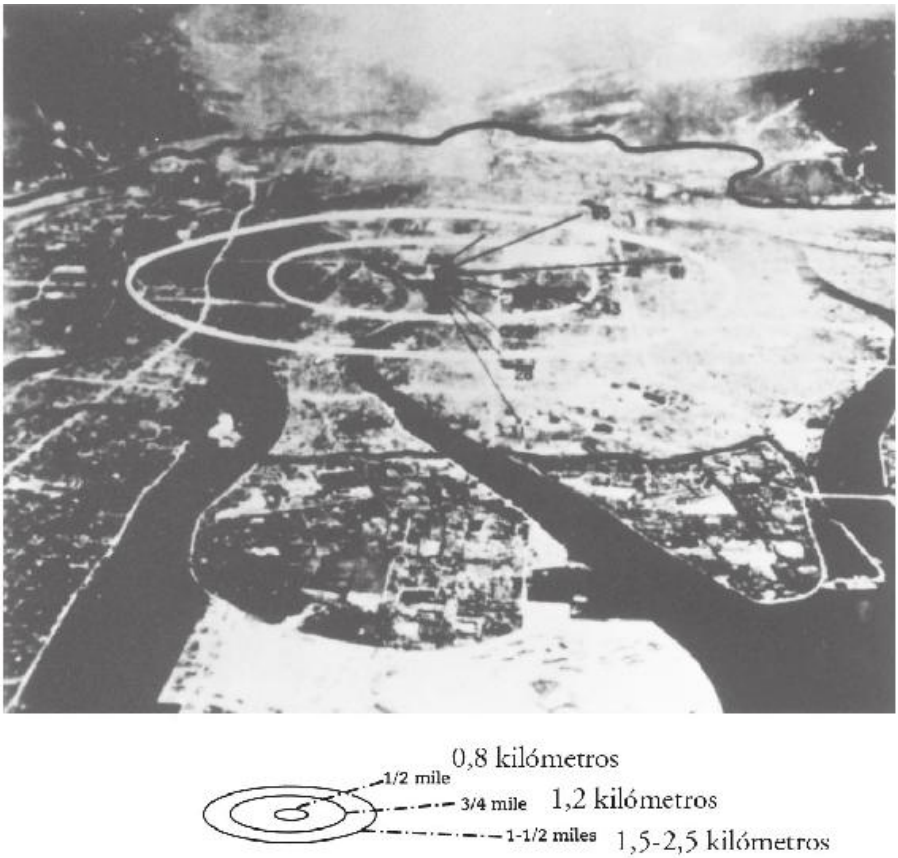
Debido a aquel enorme calor, todo lo que había en un radio de 0,8 kilómetros quedó gravemente dañado o destruido. Todos los objetos y elementos de cristal y las tejas de las casas se derritieron. Casi todos los edificios de madera en un radio de dos kilómetros y medio ardieron hasta los cimientos. Todo hombre, mujer y niño que hubiera en kilómetros a la redonda murió o sufrió heridas o quemaduras graves.

Casi todas las personas que no estaban dentro de algún edificio en el momento de la explosión murieron al instante. Los que sobrevivieron sufrieron quemaduras graves y extensas en diversas partes del cuerpo. Como era agosto, la gente llevaba ropa ligera, manga y pantalones cortos. Esto empeoró todavía más la gravedad de las quemaduras.

La fuerza inmensa del viento explosivo arrasó la ciudad, causando todavía más daños y víctimas. En el área inmediatamente adyacente al hipocentro, se registró una velocidad del viento de más de 1.500 kilómetros/hora. A menos de un kilómetro del hipocentro, la velocidad era de 576 kilómetros/hora, y a tres kilómetros, de 107 kilómetros/hora.

La velocidad del viento superaba por mucho la de un huracán, y casi todas las casas y edificios que había en un radio de más de tres kilómetros a la redonda quedaron totalmente destruidos. Nubes de escombros y de metralla ardiendo empeoraban aún más la horrible escena de destrucción. Apenas unas horas después, el humo, el calor, los vientos y los fuegos habían remitido, y fue entonces cuando las secuelas destructivas de la explosión empezaron a cobrarse sus víctimas. Como si de una enfermedad contagiosa se tratara, el horror de la radiación comenzó a propagar el cáncer por la ciudad.

Las consecuencias prolongadas y generalizadas de la radiación hicieron los efectos de la bomba todavía más mortíferos. Inmediatamente después de la explosión, mientras la zona bombardeada todavía estaba saturada de radiación, miles de personas de los alrededores de la ciudad acudieron a buscar a sus seres queridos entre los escombros ardientes y contaminados. Los equipos de rescate de emergencia y los médicos llegaron a toda prisa para ayudar a los heridos. Por desgracia, muchos de ellos también acabarían siendo víctimas de la radiación. Las personas que trabajaban y vivían en Hiroshima no estaban preparadas en absoluto para la devastación que arrasaría casi doce kilómetros cuadrados de su ciudad. Ninguna bomba convencional conocida para la humanidad en aquel momento había alcanzado jamás la fuerza destructiva de la bomba atómica.



La ciudad de Hiroshima después de la bomba (Fundación para la Cultura de la Paz de Hiroshima).

Hombres, mujeres y niños que al principio no mostraron ningún síntoma visible de la bomba pronto se pusieron gravemente enfermos y empezaron a sangrar profusamente por la boca y las orejas. Les aparecieron marcas violáceas en diversas partes del cuerpo como consecuencia de hemorragias internas graves. Les salían enormes ampollas en la carne que luego se les caían. Las infecciones eran frecuentes y no respondían a los tratamientos convencionales. La antaño orgullosa y próspera Hiroshima se había convertido en una ciudad de pesadilla.

Se estima que, en el momento del lanzamiento de la bomba, la población de Hiroshima era de aproximadamente trescientas setenta mil personas. El número de víctimas causadas por la explosión misma —es decir, muertes inmediatas— es motivo de disputa, pero la

Prefectura de Hiroshima informó en agosto de 1946 de que el total de víctimas mortales fue de 118.661. Esta cifra no incluía a los soldados, lo que significa que el número total de víctimas debió de ser, en realidad, de aproximadamente ciento cincuenta mil. No hay una cifra final, por supuesto, porque incluso hoy en día el número de muertos sigue creciendo con cada año que pasa.

Como ya se ha mencionado en estas páginas, la primera bomba atómica se lanzó sobre Hiroshima. Se llamaba *Little Boy* (Niño Pequeño). La segunda bomba se lanzó sobre Nagasaki tres días más tarde. Es curioso que se llamase *Fat Man* (Hombre Gordo).

3

Una fuga desesperada

Puente de Aioi (Fundación para la Cultura de la Paz de Hiroshima).

En 1945, la familia Sasaki estaba formada por Sadako, de dos años, su madre Fujiko, de veintiséis, su hermano Masahiro, de cuatro, su abuela Matsu, de sesenta y seis, y su padre, Shigeo, de veintiocho, que

estaba ausente, sirviendo en el ejército.

La familia vivía en Kusunoki-cho, una zona residencial a aproximadamente un kilómetro y medio al norte del hipocentro.

Minutos antes de las 8.15 horas del 6 de agosto de 1945, la familia Sasaki estaba en casa, desayunando, como de costumbre. De repente, un vecino gritó:

—Señora Sasaki… ¡Salga! Bajan flotando cosas hermosas desde el cielo.

La señora Sasaki salió a toda prisa. Levantó la vista y vio tres pequeños paracaídas brillantes que descendían poco a poco hacia el suelo. No les dio especial importancia, volvió junto a su familia y continuó desayunando. Momentos después, el cielo se iluminó con un estallido de luz blanca y cegadora.

Justo después del estallido de luz, sonó el estruendo de la explosión, al que siguieron de inmediato violentas ráfagas de viento desde todas las direcciones. Minutos después de la explosión, la mayoría de las casas de Kusunoki-cho, incluyendo la de los Sasaki, habían quedado totalmente destruidas. Toda la zona se había convertido, hasta donde alcanzaba la vista, en una tierra baldía irreconocible.

Mientras la señora Sasaki escarbaba entre los escombros de su casa, oyó que Sadako la llamaba desde fuera. Corrió hacia la voz y buscó frenéticamente entre los restos. Al final, encontró a su hija en el patio trasero, asustada, sentada encima de una caja de madera que originalmente estaba en la segunda planta de la casa. La señora Sasaki abrazó a una llorosa Sadako y la consoló sin dejar de pensar en el resto de la familia. La pequeña no estaba herida, pero ¿qué había sido de su hijo Masahiro y de Matsu, su suegra? ¿Dónde estaban? ¿Estarían tirados por ahí, en algún sitio cercano, heridos o muertos? Estaba asustada y confundida, y la mente le daba vueltas y vueltas. Cogió a Sadako en brazos y, con cuidado, pasó por encima de los escombros para llevarla al interior de la casa, que había quedado casi destruida. Tras llamarlo varias veces, encontró a su hijo cubierto de polvo bajo la mesa de la cocina. Al parecer, la fuerza de la explosión había lanzado a Masahiro sobre un montón de tatamis y había terminado a salvo debajo de la mesa. La abuela Matsu tampoco estaba lejos. Tenía una herida leve en la mano izquierda, pero, a excepción de esto, todos los

miembros de la familia estaban vivos e ilesos, aunque en un grave estado de shock.

Ciudad de Hiroshima (Fundación para la Cultura de la Paz de Hiroshima).

La señora Sasaki había oído hablar de los terribles ataques con bombas incendiarias que se producían en Tokio, Yokohama, Osaka y Nagoya, y supuso que Hiroshima estaba experimentando el primero de ellos. Decidida a proteger a su familia de más peligros, les dijo que se preparasen para abandonar la casa de inmediato. Cogió a la pequeña Sadako, se la echó a la espalda y cogió una bolsita de tela con objetos imprescindibles que ya tenía preparada para urgencias como aquella. Después sacó a su asustada y descompuesta familia de la casa, que se estaba desmoronando.

Consciente de lo peligrosa que era la situación, estaba decidida a llevarlos a un lugar seguro y lo más lejano posible. Pero, cuando levantó la vista y vio la nube de hongo que crecía y se extendía amenazadoramente por el cielo, empezó a dudar de que quedase ya alguno.

La señora Sasaki, centrada únicamente en mantener segura a su familia, los llevó hasta las inmediaciones del río Ota, con la esperanza de llegar hasta el parque Oshiba. Esperaba poder refugiarse en un centro de rescate y evacuación que habían instalado allí para lidiar con emergencias y ataques aéreos de gravedad. Fueron paso a paso a través de los escombros en llamas, los cadáveres mutilados y la masa de gente herida y desconcertada. La señora Sasaki intentó evitar que sus hijos vieran la magnitud del sufrimiento humano y de la destrucción que los rodeaba.

Pronto se dieron cuenta de que formaban parte de una columna de gente que no hacía más que crecer y que caminaba tropezándose y a rastras hacia el río. Muchas personas habían perdido el pelo por culpa

del fuego, y todavía más tenían quemaduras que sobrepasaban lo imaginable. Otras sangraban por las heridas causadas por los cristales que habían salido volando. Los pocos que no tenían heridas de gravedad hacían todo lo posible para rescatar a los cientos de personas atrapadas bajo los escombros.

La señora Sasaki oía gritos desesperados de auxilio y constantes alaridos de dolor procedentes de todas partes. Hombres, mujeres y niños continuaban su agotador peregrinaje hasta el parque Oshiba.

Al cabo de un rato, la abuela Matsu recordó de repente que se había olvidado un paquete con una cantidad considerable de dinero escondido en casa, y le dijo a su nuera que tenía que volver a buscarlo. Esta intentó hacerla cambiar de idea, pero no sirvió de nada. La abuela les dijo que se reuniría con ellos en el parque, se despidió y emprendió el camino de vuelta a casa. La señora Sasaki, Sadako y Masahiro continuaron avanzando.

En condiciones normales, habrían tardado unos cinco minutos en llegar al puente de Misasa, el que estaba más cerca de casa de Sadako. Sin embargo, ese día tardaron media hora, una media hora eterna, dolorosa e imposible de olvidar. Debido a la intensidad del calor y el fuego, algunas personas se dejaron llevar por el pánico y se tiraron al río sin pensárselo dos veces, embistiendo y pisoteando a quienes se interpusiesen en su camino.

De horizonte a horizonte, el cielo había empezado a ennegrecerse y el aire parecía hervir de calor, lo que hacía que les costase respirar. Un polvo negro parecido al alquitrán cubría el paisaje como si fuera un sudario. A medida que el fuego se extendía, acercándose cada vez más al río, el calor se hacía más y más insoportable. La señora Sasaki, que temía que murieran calcinados, atrajo a sus hijos más hacia sí e hizo lo posible para consolarlos. En silencio, rezó para salvarse de aquella plaga infernal.

Cuando llegaron a la orilla del Ota, un hombre que estaba en una barca se puso de pie y empezó a gritar:

—¡Señora Sasaki, señora Sasaki! ¡Aquí! ¡Rápido, vengan!

Ella reconoció al hombre: era un amigo de la familia. Al principio, se mostró reticente a subir a la barca porque ya estaba abarrotada de gente y parecía a punto de hundirse. Sin embargo, el fuego y el calor eran más insoportables a cada segundo que pasaba, así que decidió

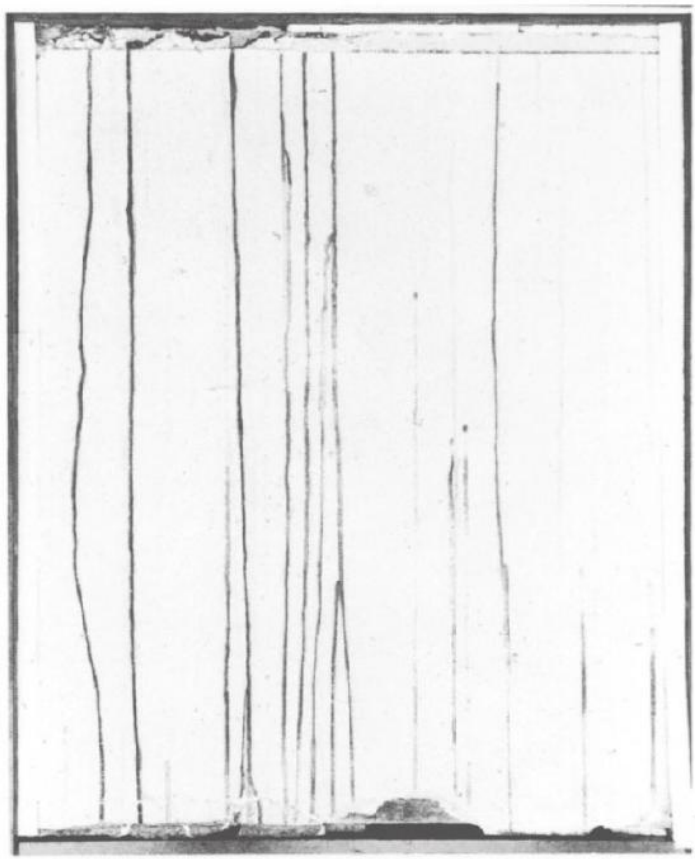
arriesgarse y embarcó junto a su familia.

Con la señora Sasaki y sus hijos a bordo, la pequeña embarcación avanzó despacio hacia el centro del río para intentar escapar del fuerte calor que venía de la orilla. A la mujer le preocupaba que el barquito abarrotado, que subía y bajaba en el agua por entre los muertos que flotaban, se hundiera o se incendiara.

El hollín denso parecido al carbón que continuaba lloviendo sobre ellos agravaba su miedo. «¿Qué es? —se preguntaba—. ¿De dónde viene? ¿Nos hará daño?» Las condiciones no dejaban de empeorar, y el miedo de la señora Sasaki se fue acrecentando hasta alcanzar un estado de pánico. No podía evitar pensar que el final de su vida se acercaba; incluso que había llegado el fin del mundo. Mientras tanto, hacía todo lo posible para proteger a sus hijos de la espantosa lluvia negra que seguía cayendo sobre ellos.

Por fin, el polvo negro se redujo y, poco a poco, el cielo empezó a

aclararse y a recuperar parte de su luz. La lluvia negra que caía sobre Hiroshima y que había saturado la zona varios kilómetros a la redonda era el espantoso polvo contaminado de la radiación nuclear.



La lluvia negra (Fundación para la Cultura de la Paz de Hiroshima).

Tras unas dos horas, las condiciones mejoraron lo bastante para que la gente del barco sintiera que era seguro volver a la orilla. Por el río, a la deriva, flotaban cadáveres hinchados como peces muertos. Cuando llegaron a tierra, vieron centenares de cuerpos sin vida tirados de forma grotesca, unos encima de los otros. La señora Sasaki les tapó los ojos a sus hijos pequeños.

El olor nauseabundo de los cuerpos calcinados estaba por todas partes. En cuestión de minutos, el hedor de la muerte golpeó de forma brutal los sentidos de la familia Sasaki. Con cada paso que daba, la

mujer sentía el calor que despedía la tierra abrasada a través de las suelas de los zapatos. Con Sadako a la espalda y Masahiro cogido firmemente de la mano, continuó su camino, más decidida que nunca a llegar al parque Oshiba.

Cuando por fin llegaron, las esperanzas de encontrar refugio se desvanecieron. Lo que antaño había sido un bonito oasis se había convertido en una tierra baldía repleta de refugiados indefensos que iban de un lado a otro tropezándose, confundidos y desolados. Su instinto maternal la ayudó a aislarse de los gritos de auxilio y desesperación y de los interminables alaridos de dolor, que amenazaban con hacerla perder del todo la cordura, y a centrarse en salvar a sus hijos.

De pie en medio de toda aquella confusión y devastación humana, dedicó las pocas fuerzas que le quedaban a buscar a la abuela Matsu. Debilitada por el hambre y el agotamiento y con todo el dolor de su corazón, acabó dando por finalizada, a regañadientes, la búsqueda de su suegra. Encontró un arbolito sin hojas que todavía se tenía en pie en una esquina del parque, depositó a sus hijos bajo sus ramas calcinadas y se sentó.

Varias horas después, cuando se acercaba la puesta de sol, la señora Sasaki oyó unas voces reconfortantes en la distancia. Pertenecían a los equipos de rescate que llegaban desde las zonas que habían quedado relativamente intactas tras la bomba. Empezaron a repartir comida y a prestar atención médica en cuanto llegaron junto a los afectados; sin embargo, ambas cosas escaseaban: cada persona recibió solo un *onigiri*, una bola de arroz. La señora Sasaki no había pensado en comer en todo el día, pero al ver la comida se dio cuenta de lo hambrienta que estaba.

Poco después de su llegada, los equipos de rescate formaron una pequeña caravana de vehículos para trasladar a un número limitado de personas a Miyoshi, una ciudad pequeña a unos sesenta y cinco kilómetros de Hiroshima. Los padres de la señora Sasaki vivían cerca de allí, y en aquel momento en el que solo pensaba en la seguridad de

sus hijos, estaba ansiosa por verlos. Sabía que no funcionarían ni el tren ni el autobús, los medios de transporte habituales para ir, pero no estaba en condiciones de recorrer a pie el difícil camino de más de sesenta kilómetros con dos niños pequeños. Agradecida, aceptó que los llevasen a Miyoshi y subió a uno de los camiones abarrotados junto a sus dos hijos.

El viaje fue extremadamente lento e incómodo, pero esa misma noche llegaron a Miyoshi a salvo. Poco después, hambrientos y descompuestos, llamaron a la puerta de los padres de la señora Sasaki, que, al ver a su hija y a sus nietos sanos y salvos, no cabían en sí de alegría. Tras aquella cálida bienvenida, y al darse cuenta de que por fin su familia estaba a salvo, a la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas.

Tras unos días de relativa calma, la familia desplazada por fin pudo reunirse con el señor Sasaki, que había estado en Hiroshima, trabajando con uno de los equipos de rescate, y que al enterarse de que su esposa y sus hijos habían ido a casa de sus suegros, fue de inmediato a reunirse con ellos. Poco después, la familia entera volvió a lo que quedaba de su casa y empezó poco a poco a reconstruirla. Aunque habían sobrevivido a la bomba, todos ellos sufrirían, con el tiempo y en distintos grados, sus terribles consecuencias.

Una semana después, los Sasaki se enteraron de que la abuela Matsu había fallecido. Había muerto mientras volvía a casa. Uno de los equipos de rescate había encontrado su cuerpo cerca de la vivienda, cubierto de quemaduras y de marcas de envenenamiento por radiación.

Los Sasaki y sus vecinos regresaron a la tierra que les pertenecía y construyeron allí casas temporales y sencillas. La vida era difícil, pero se tenían los unos a los otros. En noviembre, la señora Sasaki se puso muy enferma. Con cada día que pasaba, la radiación que le había infectado el cuerpo le causaba unos síntomas espantosos que cada vez eran más visibles. Pronto fue evidente que el señor Sasaki también estaba infectado. Ambos se consolaron pensando que al menos Sadako y Masahiro habían conseguido librarse de lo que popularmente se conocía como «la enfermedad de la bomba atómica». Sobre todo Sadako, que era una pequeña muy activa y sana.

4

La enfermedad de Sadako

Nueve años después, con la guerra a sus espaldas, la familia Sasaki, como muchas otras familias japonesas, había empezado a reconstruir su vida y a pensar en el futuro. El señor Sasaki abrió una pequeña barbería en Hatchobori, en el centro de Hiroshima. Con el paso de los años, la familia aumentó con la llegada de dos nuevos miembros: una niña, Mitsue, y un niño, Eiji.

Masahiro, el primogénito, cursaba entonces el séptimo curso en el Instituto Nobori-cho, y Sadako hacía sexto en la escuela primaria del mismo nombre. Para la familia Sasaki, la vida volvía a estar muy cerca de lo que ellos querían: era tranquila y feliz. Sadako era una niña sana, enérgica, atlética y muy popular en el colegio. Le gustaban los deportes, sobre todo correr. Ganaba casi todas las carreras en las que participaba, y pronto se convirtió en la corredora estrella de la clase Bambú de su colegio. En Japón, cada clase de la escuela primaria recibía un nombre, y la suya era la clase Bambú. Corría más rápido incluso que la mayoría de los niños.

En mayo se celebró una jornada de competiciones deportivas. La clase Bambú terminó en el último lugar en la carrera de relevos, ya que el testigo se les cayó varias veces. El resultado fue que el señor Nomura, el tutor de la clase, se pasó meses entrenando a los

corredores para que mejorasen a la hora de pasarse el testigo. Les dijo: «No podemos depender solo de Sadako. Debemos mejorar el intercambio del testigo».

Tras meses de entrenamiento y gracias a que contaban con Sadako, todo el equipo estaba convencido de que ganarían la carrera del día de la Gran Jornada de Deportes.

Sadako. El equipo de relevos de la clase Bambú.

La propia Sadako relató su experiencia en la Gran Jornada de Deportes en un ensayo que escribió poco después del acontecimiento.

ESPERO CON ANSIAS LA GRAN
JORNADA DE DEPORTES

15 de octubre de 1954

Había esperado tanto a que llegara este día… Era un día muy especial, porque iba a competir en las carreras de relevos. Nuestro profesor nos dijo

que no debíamos comer ni beber antes de correr. También fui al baño muchas veces para aligerar el peso de mi cuerpo. Se acercaba el momento de la carrera de relevos que tanto esperaba, el acontecimiento más importante de la jornada. Yo estaba muy nerviosa, incluso antes de que nuestro equipo se preparase para ir a la línea de salida. Los primeros corredores se encontraban ya en posición de salida y se lanzaron a correr en cuanto sonó el disparo. Mientras esperaba mi turno, vi que la señorita Najime estaba en el segundo lugar, pero mientras se acercaba a mí adelantó al corredor que iba en cabeza y se colocó en primer lugar. Sabía que mi madre estaba mirando, así que cuando cogí el testigo que me pasó la señorita Najime corrí tan rápido como pude para complacerla. Me sentí muy aliviada al terminar mi turno, y entonces oí el disparo que marcaba el final. ¡Habíamos ganado! La clase Bambú había ganado la carrera de relevos con mucha ventaja, y todo el mundo nos aclamaba por nuestra victoria. ¡Estaba tan feliz! Había caras sonrientes por todas partes.

SADAKO SASAKI

Durante las vacaciones de invierno del mes de diciembre, no mucho después de aquel día, Sadako empezó a quejarse de un malestar general. También sufría una hinchazón dolorosa debajo de las orejas. Su madre, pensando que sería un síntoma inicial de las paperas, le tomó la temperatura. No tenía fiebre.

La Gran Jornada de Deportes. Sadako y sus padres.

Al ver que el problema de Sadako persistía, su padre se preocupó y decidió llevarla a ver al doctor Hatagawa, que, además del pediatra de la familia, era uno de los clientes habituales del señor Sasaki en la barbería.

Después de examinar a Sadako, el médico quiso hablar con sus padres en privado. «Sadako fue expuesta a la *pika*, ¿no es así?», les preguntó con gravedad. (Los japoneses se refieren a la bomba atómica como *pika don*. *Pika* significa «destello paralizante», y *don*, «estruendo».) «Mi recomendación es que vaya a la ABCC a hacerse una revisión completa», dijo.

La ABCC (las siglas en inglés de la Comisión de Víctimas de la Bomba Atómica) era un centro de investigación especial que había establecido el gobierno de Estados Unidos para controlar los efectos de las explosiones de la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki. Cada dos años, en el día de su cumpleaños, todas las personas que habían sido expuestas a las bombas se hacían una revisión obligatoria en la

ABCC. Toda la familia Sasaki —el padre, la madre, Sadako y Masahiro — acudía siempre a sus citas. Como el resultado en la última revisión de Sadako había sido negativo, su madre estaba convencida de que los síntomas que había empezado a mostrar no estaban relacionados con la enfermedad de la bomba atómica.

La señora Sasaki le dijo al doctor Hatagawa que su hija acababa de hacerse la revisión en la ABCC aquel mes de junio y que los resultados de los análisis habían sido negativos. Sin embargo, el médico no se quedó convencido e insistió en que Sadako se hiciera otra revisión. Su insistencia dejó muy preocupados a los padres y pidieron dos citas con la ABCC, una para el 18 de enero y otra para el 16 de febrero. Sadako se hizo un examen completo que incluía análisis de sangre y radiografías.

Aquellos análisis revelaron que la cantidad de glóbulos blancos en su sangre era de 33.000, cuando lo normal es que sea de entre 5.000 y 8.000. Por otra parte, el número de glóbulos rojos en su sangre era de 3.560.000, mientras que una cifra normal se encuentra entre los cuatro y los cinco millones. En los años cuarenta y cincuenta no se sabía casi nada sobre la radiación y sobre la cantidad de formas en las que afecta al cuerpo humano. Además de las lesiones de la piel (queloides), la radiación de la bomba atómica también ataca a los órganos vitales, los huesos y los sistemas circulatorio y nervioso. Produce un tipo de cáncer metastásico e incurable que adopta la forma de una leucemia fatal. En realidad, ninguna parte del cuerpo humano es inmune a las trágicas consecuencias de la radiación.

El cuerpo humano tiene dos clases de células sanguíneas: los glóbulos rojos y los blancos. Los primeros transportan el oxígeno y los nutrientes por todo el organismo, mientras que los segundos luchan contra los gérmenes que invaden el cuerpo. En una persona sana, hay un equilibrio vital entre los glóbulos rojos y los blancos. Sin embargo, cuando se padece leucemia, los rojos se van destruyendo progresivamente y al final el sistema inmunológico queda indefenso porque se rompe el equilibrio entre estas dos clases de células sanguíneas. En el caso de Sadako, tenía una cantidad de glóbulos blancos cuatro veces mayor de lo normal, mientras que los rojos disminuían rápidamente.

El 18 de febrero, después de que se fuese a la escuela, sus padres

recibieron una llamada telefónica del doctor Hatagawa, que le pidió al señor Sasaki que fuese a su consulta de inmediato. Por su tono de voz, este se temió que no le daría buenas noticias.

En la consulta, el médico le informó de que el informe de la ABCC revelaba una actividad irregular en las células de la sangre de Sadako que parecía deberse a la *pika*. El doctor Hatagawa le explicó entonces que estaba bastante seguro de que la niña tenía leucemia y de que, sin duda alguna, la causa era la radiación. El señor Sasaki se quedó conmocionado. No se podía creer lo que acababa de oír.

—Sadako tiene leucemia…, la radiación… —repetía una y otra vez en la consulta del médico con la voz colmada de tristeza. De repente, se acordó de un artículo del periódico sobre un niño de la misma edad que Sadako que había muerto de leucemia como consecuencia de la exposición a la radiación de la bomba atómica—. ¿Es muy grave el estado de Sadako? —preguntó—. Por favor, dígame la verdad.

—Lo siento muchísimo, señor Sasaki —respondió el médico con expresión sombría—. Puede que le queden solo tres meses; quizá un año.

El hombre palideció, pero intentó desesperadamente no mostrar su tristeza. Como si estuviese en un estado catatónico, se decía a sí mismo una y otra vez:

—Sadako va a morir. Mi pequeña va a morir. ¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Cómo?

El doctor Hatagawa le dijo que era muy importante llevar a la niña al hospital de inmediato. Sin embargo, el señor Sasaki, que estaba abrumado por la pena, no parecía oírlo. Más tarde, cuando por fin llegó a casa, ni siquiera se acordaba de cómo había vuelto. Cuando entró por la puerta, la señora Sasaki, que había estado esperando su regreso con ansia, se dio cuenta de que no traía buenas noticias: se lo decía su expresión de tristeza.

—¿Qué ha dicho el médico? —preguntó.

Poco a poco, el señor Sasaki levantó la vista y, con la voz entrecortada, le dio a su esposa la trágica noticia:

—Sadako tiene leucemia. Solo le quedan tres meses de vida, quizá un año. Es por la *pika*… ¡Todo es culpa de la *pika*! Voy a buscarla al colegio y a traerla a casa. El doctor Hatagawa dice que tenemos que

llevarla al hospital lo antes posible.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, su esposa lo llamó:

—Espera un momento, Shigeo. Tengo que hacer una cosa. —Fue corriendo a buscar el dinero que tenían ahorrado y se lo dio—. Por favor, cómprale un kimono bonito a Sadako. Será el primero que tenga; siempre ha querido uno.

El sueño de toda niña japonesa es tener su propio kimono, y Sadako no era una excepción. A la familia Sasaki no le había resultado fácil ahorrar el poco dinero que tenían. La humilde barbería les había costado todos sus ahorros, y algo más. En aquel momento, comprar la tela para el kimono les supondría un sacrificio, pero estaban dispuestos a hacerlo. Sería una sorpresa para su hija, Sadako, que se estaba muriendo. El señor Sasaki se metió el dinero en el bolsillo y salió corriendo de su casa con los ojos llenos de lágrimas.

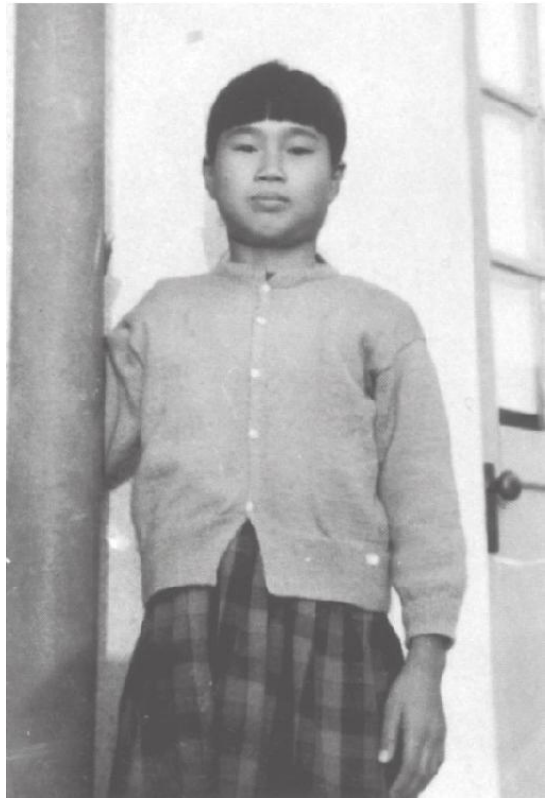
Cuando llegó al colegio, se encontró a su hija de pie, sola, mirando cómo sus compañeros daban clase de gimnasia. El señor Nomura, el profesor, lo vio entrar y se acercó a él.

—¿Es que Sadako tiene que hacerse otra revisión? —preguntó.

—Ya tenemos los resultados. Tiene leucemia —contestó el señor Sasaki con expresión sombría.

El señor Nomura se quedó impactado; sabía perfectamente que se trataba de una enfermedad muy grave. El señor Sasaki le explicó que a Sadako le quedaba como mucho un año de vida.

—¿De verdad está tan enferma? —preguntó el profesor, como si no pudiera o quisiera creer lo que acababa de escuchar.



Sadako, con el rostro hinchado.

Sadako, que los estaba mirando, pensó: «Oh, no. Parece que tendré que ir a la ABCC a hacerme otra revisión». Recordaba muy bien lo dolorosas que eran las inyecciones en la espina dorsal. Era una niña muy valiente que aguantaba el dolor sin quejarse, pero no quería tener que hacerse más análisis.

Cuando el señor Nomura terminó de hablar con el padre de Sadako, fue hacia ella, le puso una mano en el hombro con gentileza y anunció a sus compañeros de clase:

—Tienen que ingresar a Sadako en el hospital.

A todos les costó creer aquella noticia tan triste. La mayoría de los niños recordaban lo fuerte y sana que estaba Sadako apenas unas semanas antes. Aunque estaba muy enferma, no tuvo aspecto de estarlo hasta el final de su vida.

A Sadako la entristeció mucho tener que ingresar en el hospital, ya que le encantaba ir al colegio y estar con sus amigos. Cuando se

despertaba por la mañana, una de las cosas que más le alegraba era ir a la escuela. Siempre le había gustado pasar tiempo con los otros niños y los profesores. Ni siquiera quiso despedirse de sus compañeros; se limitó a saludarlos con la mano. No poder volver a clase la entristecía.

Mientras salían del colegio, el señor Sasaki intentó esconder sus verdaderos sentimientos y, a la vez, consolar a su hija todo lo posible.

—No te preocupes, Sadako. No es tan grave. Ya verás cómo mejoras en cuanto llegues al hospital. Y ¿sabes qué? ¡Hoy vamos a comprarte un kimono!

—¿Un kimono para mí? —repitió Sadako, perpleja. Estaba confundida, sorprendida y exultante, tan maravillada que la mente le daba vueltas y vueltas. Era 18 de febrero, un día que no tenía nada de especial. Ni siquiera estaba cerca del día de Año Nuevo, la época del año en la que tradicionalmente se hacían regalos. Sadako era consciente de que sus padres tenían poco dinero y de que los kimonos eran muy caros—. Papá, no necesito un kimono y, además, el hospital te va a costar mucho dinero.

—No te preocupes por eso. Tenemos un poco de dinero ahorrado, y mamá y yo siempre hemos querido regalarte un kimono. ¿Por qué no hoy?

Cuando llegaron a la tienda de kimonos, el señor Sasaki echó un vistazo en busca de la tela que mejor le quedara a su hija. Al final, Sadako y él eligieron una muy bonita, estampada con flores de cerezo. Aunque al principio la niña había dicho que no quería el kimono, cuando vio lo bonita que era la tela, no pudo disimular su alegría. Su padre la miró henchido de orgullo.

—Esta es perfecta para ti —le dijo. Sadako estaba de acuerdo y asintió con una ancha sonrisa.

Mientras volvían a casa, el señor Sasaki se volvió hacia su hija y le dijo:

—Solo tienes una hinchazón en las glándulas linfáticas. No hay nada de que preocuparse. Pronto te pondrás bien y, antes de que te des cuenta, podrás volver a la escuela.

Las palabras de su padre la reconfortaron mucho, sobre todo por la perspectiva de volver al colegio, y no le ocultó su felicidad.

Al día siguiente, los Sasaki recibieron una llamada del Hospital de

la Cruz Roja. Sadako debía ir el 21 de febrero, solo dos días después. El señor Sasaki propuso que hicieran las maletas y fuesen a casa de su hermana, en Mihara. Sabía que, una vez que su hija estuviese ingresada, sería complicado ir a visitarla. Sadako estaba entusiasmada con la idea de ver a su tía, y esperaba el viaje con muchas ganas.

La señora Sasaki les recordó a todos que a su cuñada se le daba

muy bien confeccionar kimonos, así que le pediría un favor especial: ayudarla a coser el kimono de Sadako. Toda la familia decidió partir aquella misma noche a Mihara y tomaron el tren, que en dos horas los llevaría hasta allí. La tía de Sadako, que ya estaba informada sobre la enfermedad de su sobrina, estaba esperando ansiosa su llegada.

Aquella noche, cuando llegaron, todos les dieron una cálida bienvenida. Después de que los niños cenaran y se fueran a la cama, la tía de Sadako, su hija y la señora Sasaki se pusieron manos a la obra: harían un kimono para su querida Sadako, una labor colmada de amor. Mientras cosía, la señora Sasaki no podía reprimir las lágrimas.

A la mañana siguiente, cuando la niña se despertó y fue al salón a dar los buenos días a sus padres y a su tía, lo vio de inmediato: un kimono precioso con estampado de flores de cerezo. La pequeña se quedó allí de pie, sin palabras, admirando maravillada la prenda terminada.

—Póntelo, Sadako —le pidió su madre.

Al principio, la niña se mostró tímida y algo vacilante mientras se probaba el kimono. Le daba vergüenza que todos la mirasen mientras lo hacía, pero luego se puso frente al espejo y se quedó admirando el reflejo de aquella jovencita que veía por primera vez y que parecía una señorita. Sin duda, un kimono era algo milagroso…, ¡sobre todo si tenía un estampado de flores de cerezo y lo llevaba puesto una chica tan guapa como Sadako!

5

Sayonara, queridos amigos

El 20 de febrero de 1955, el día antes de que ingresara en el Hospital de la Cruz Roja, Sadako fue a la escuela a despedirse de sus compañeros de clase junto con su hermana Mitsue y el señor Sasaki. Los demás niños estaban entrenando para las carreras de relevos, pero cuando llegó Sadako, todos se acercaron a ella para decirle adiós y le prometieron que irían a visitarla al hospital.

Al día siguiente, el 21 de febrero, Sadako llegó al hospital. Cuando la ingresaron, no había camas disponibles, así que la llevaron temporalmente a la sala de urgencias. Su enfermedad estaba ya en un estado tan avanzado que los médicos decidieron que era imprescindible empezar con el tratamiento de inmediato. Unos análisis adicionales confirmaron el diagnóstico original: leucemia mieloide aguda. Esta clase de leucemia maligna provoca un rápido deterioro del organismo y es incurable.

A principios de marzo trasladaron a Sadako a un pabellón normal. Tal y como esperaban, su estado empeoró.

La niña recibía un tratamiento intensivo. Debía someterse a constantes transfusiones de sangre, además de recibir inyecciones de cortisona con frecuencia para reducir el número de glóbulos blancos. Sin embargo, todo esto solo servía para tratar los síntomas de la

leucemia, no para curarla. Además, el tratamiento era muy costoso: una sola transfusión de sangre costaba ciento ochenta dólares, y una inyección de cortisona, trescientos. Solo en el mes de marzo, la factura por el tratamiento de Sadako fue de más de cuatro mil dólares. En aquella misma época, el salario medio en Japón era de unos mil novecientos dólares al mes.

Pese a ser tan joven, Sadako era muy consciente de cuál era la situación económica de sus padres y se preguntaba cómo pagarían aquellas facturas tan elevadas. Su madre le dijo que no se preocupara por esas cuestiones, que lo importante era que mejorara. Sadako siguió su consejo.

—Haré todo lo que me digan los médicos, mami —le aseguró—, y me esforzaré al máximo para ponerme mejor. ¡Quiero volver al colegio!

El 16 de marzo, los alumnos de sexto celebraban la fiesta de graduación de la clase Bambú. El doctor Numata, un médico del Hospital de la Cruz Roja, le dio permiso a Sadako para ir. Ella estaba felicísima por poder asistir a una fiesta y ver a todos sus compañeros. Por primera vez en semanas, sus padres la vieron sonreír.

Era la ocasión perfecta para que estrenase su kimono nuevo. Cuando llegó a la celebración, todos sus amigos la contemplaron boquiabiertos al verla vestida con su precioso kimono. Las niñas la rodearon y le pidieron:

—¿Podemos tocar tu kimono? ¡Estás guapísima, Sadako!

Los niños aplaudieron para mostrar su admiración.. Sadako se había convertido en una estrella y estaba disfrutando de cada segundo.

Cuando empezó la fiesta, le asignaron el asiento del centro, que, según la tradición, se reservaba para el invitado de honor. Mientras los estudiantes cantaban y miraban *sketches* satíricos, los señores Sasaki, sentados al fondo de la sala, compartían con su hija aquel poco habitual momento de felicidad.

Sadako tuvo que marcharse temprano porque estaba muy cansada. Dio las gracias con educación a todos los presentes y se esforzó al máximo por no llorar delante de sus compañeros. Mientras los demás niños y niñas la rodeaban para despedirse de ella, no pudo evitar admirar lo sanos que estaban sus amigos. Todos le desearon que

mejorase y prometieron ir a visitarla al hospital.

—¡Que te mejores, Sadako! —corearon.

El señor Nomura la acompañó a ella y a su madre hasta la puerta, e incluso al exterior. Levantó una cámara y dijo:

—Sadako, estás muy guapa con ese kimono. Deja que te saque una foto.

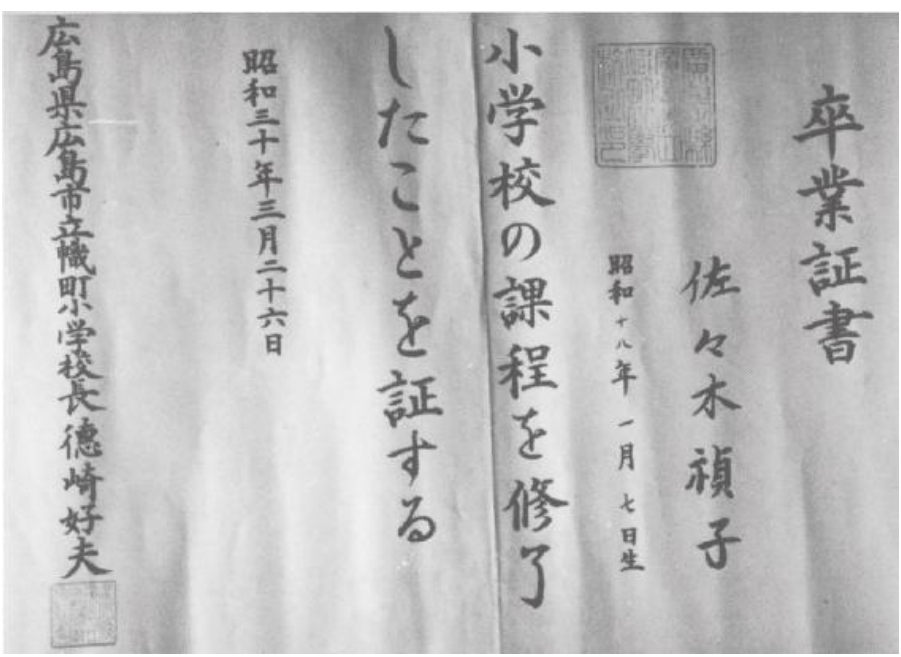
Después se quedó junto a la puerta y le dijo adiós con la mano y con una expresión de tristeza. Cuando la niña se volvió para mirar su escuela por última vez, vio que muchos de sus compañeros estaban mirando por la ventana. Ellos también la saludaban con la mano y parecían tristes. Sadako rompió a llorar; las lágrimas casi no la dejaban ver al señor Nomura, a sus compañeros ni el edificio.

Sadako con su kimono.

Aquel día tan agridulce sería la última vez que Sadako vería su querida escuela. Su estado era tan inestable que el doctor Numata no le pudo dar permiso para asistir a la ceremonia de graduación. Como regalo de graduación, sus compañeros le dieron una preciosa libreta roja firmada por todos y una *kokeshi*, una muñeca de madera, que Sadako tuvo al lado de su cama hasta el día de su muerte.

En abril de 1955, Sadako se graduó de la escuela primaria. Aunque no le dieron permiso para asistir a la ceremonia especial que se celebraba por su primer día de instituto, fue considerada igualmente una estudiante oficial del séptimo curso de la escuela secundaria Nobori-cho.

Con el paso del tiempo, Sadako empezó a mostrar síntomas de una discreta recuperación. Parecía que aquel tratamiento concentrado de transfusiones e inyecciones de cortisona era efectivo y reducía el número de glóbulos blancos en su sangre. La noticia de su ligera mejoría fue justo lo que la familia Sasaki necesitaba para animarse y volver a albergar esperanzas.


卒業証書

佐々木禎子

昭和十八年一月七日生

小学校の課程を修了したことを証する

昭和三十年三月二十六日

広島県広島市立幟町小学校長 徳崎好夫

Certificado de graduación de Sadako.

En mayo, trasladaron a Sadako a una habitación semiprivada que compartía con Kiyo Okura, una paciente de tuberculosis en recuperación dos años mayor que ella. Al principio, a Kiyo no le entusiasmó tener una compañera de cuarto menor que ella, pero no tardaron en hacerse muy buenas amigas. Los momentos felices que ambas compartieron, que fueron muchos, ayudaron a Sadako a tolerar su desagradable rutina diaria. Sadako seguía a Kiyo y la llamaba *O-nee-chan*, que es una forma afectuosa y respetuosa de llamar a una hermana mayor.

Sadako y Kiyo, su compañera de habitación.

A Kiyo le encantaba leer. Sadako, por su parte, prefería relacionarse con los demás pacientes, tanto jóvenes como adultos, y con los enfermeros y enfermeras que encontraba por el hospital. Como resultado, la tímida Kiyo acabó conociendo a los amigos de Sadako.

—Sadako, ¡conoces a todo el mundo! Te voy a llamar la «alcaldesa» del hospital —le dijo Kiyo.

Sadako, Kiyo y sus amigos en el Hospital de la Cruz Roja.

Un día, Sadako le preguntó a Kiyo si podía tomar prestados algunos de sus libros. Uno de los que más le gustaron fue una novela romántica. Como era casi una adolescente, Sadako empezó a mostrar interés por las relaciones románticas entre hombres y mujeres. Le costó entender aquel librito, pero disfrutó leyéndolo y le hizo a Kiyo muchas preguntas sobre el amor.

Por desgracia, la familia Sasaki tenía serias dificultades económicas. No solo debían hacer frente a las elevadísimas facturas del hospital, sino que también tenían que pagar la deuda de sus vecinos. El señor Sasaki era una buena persona que ayudaba a sus amigos con sus negocios a menudo. Había avalado a un vecino para que le dieran un préstamo, pero su negocio había quebrado, así que ahora el responsable de devolver el dinero era él. Al final, los padres de Sadako se vieron obligados a vender su casa.

El día antes de la mudanza, a Sadako le dieron un permiso especial para pasar una noche en casa. No era una casa lujosa, pero la chica tenía muy buenos recuerdos de ella y disfrutó de aquella última oportunidad de rememorar algunos de ellos. Aquella noche lloró hasta quedarse dormida. A la mañana siguiente, toda la familia se mudó a una casa más pequeña en el distrito de Moto-machi, en Hiroshima.

6

Mi amiga Yukiko

Por desgracia, la mejoría de Sadako no duró mucho tiempo. En junio sufrió un revés y su estado empeoró más incluso que antes. Además, su amiga Yukiko, que también estaba ingresada por leucemia, murió. Yukiko solo tenía seis años y había nacido después de la bomba atómica; sin embargo, tanto su padre como su madre habían estado expuestos a la radiación. Era como una hermana pequeña para Sadako.

Ella y Kiyo fueron a la habitación donde descansaba Yukiko para despedirse de ella. Se quedaron impactadas al verle la cara casi sin color y llena de las manchas violáceas que a menudo aparecían cuando la leucemia estaba en un estado avanzado. Tras ver los terribles síntomas de la enfermedad en el rostro de Yukiko, Sadako se detuvo de repente de camino a su habitación y le preguntó a Kiyo:

—¿Yo voy a morir así?

—No te preocupes, Sadako. A ti no te pasará eso —le respondió su amiga, y le dio un fuerte abrazo para reconfortarla.

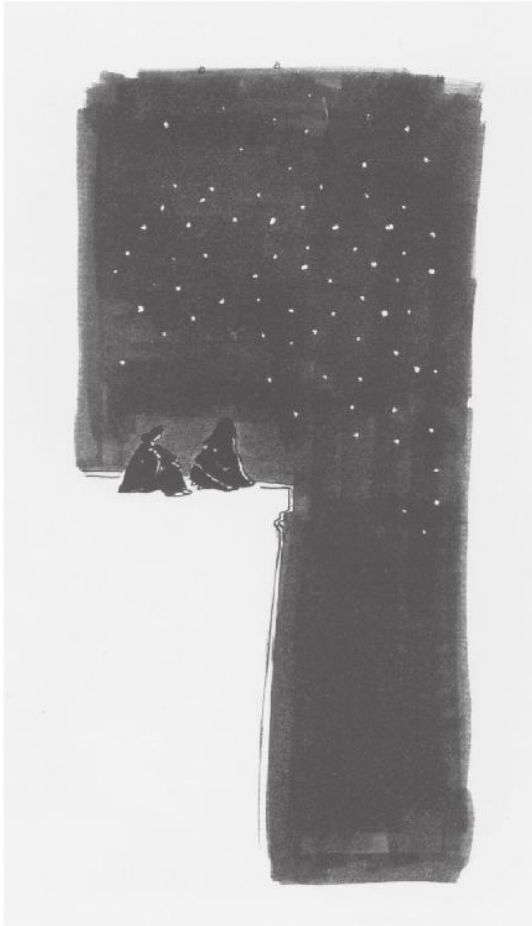
Mientras se abrazaban, Kiyo se dio cuenta de que a Sadako se le notaban los huesos. Justo antes de meterse en la cama, miraron por la ventana: llovía mucho.

A la noche siguiente, el cielo estaba despejado. Mientras miraban

por la ventana, decidieron ir a la azotea. Se dijeron:

—¡La estrella más brillante que encontremos será la de Yukiko!

En Japón, a menudo se dice a los niños que, cuando alguien muere, va al cielo y se convierte en una de sus estrellas.



Sadako era una niña sensible e inteligente, así que no fue ninguna sorpresa que al final sospechase que padecía la enfermedad de la bomba atómica. Un día, cuando el señor Nomura y sus amigos del colegio fueron a visitarla, les habló de las terribles consecuencias de la leucemia. Empezó a obsesionarse con su dolencia y a encerrarse en sí misma. Para quienes la rodeaban, era cada vez más evidente que intuía que su enfermedad era mortal. A medida que los síntomas se

intensificaban y su salud se deterioraba, Sadako empezó a hacer preguntas aterradoras sobre sí misma. «¿Voy a morir pronto? ¿Cuánto tiempo me queda?» Aquella realidad tan lúgubre e implacable había apartado la cortina que antes había ante sus ojos y le había revelado su trágico destino. Para una niña de doce años que encaraba la vida con tanta felicidad, fue una experiencia especialmente dolorosa.

En julio, la cantidad de glóbulos blancos de Sadako se incrementó hasta alcanzar unos niveles peligrosos. Su estado no dejaba de empeorar y a menudo le sangraban las encías. Sin embargo, por su aspecto, todavía era difícil adivinar lo enferma que estaba. Se paseaba por el hospital, se relacionaba con muchos de los enfermos y solía jugar con los más pequeños, así que muchos de los pacientes adultos se preguntaban: «¿Qué enfermedad tendrá? Es muy agradable y buena con los niños».

Un día, Sadako oyó de casualidad a unos pacientes adultos que tenían su misma enfermedad y que estaban hablando sobre sus síntomas. Uno de ellos dijo: «Una cantidad de glóbulos blancos mayor de cien mil sería letal».

Ella se asustó muchísimo, pero, al mismo tiempo, tomó la decisión de descubrir cuál era la cantidad de glóbulos blancos que había en su sangre.

Sadako tenía muy buena relación con la mayoría de los enfermeros y enfermeras que trabajaban en su planta y a menudo iba a sus mostradores para charlar con ellos. También sabía dónde guardaban el historial de los pacientes. Una noche, llamaron a todo el equipo de enfermería para atender una urgencia grave. Cuando vio que nadie vigilaba el mostrador, Sadako aprovechó la situación y se coló para tomar nota de los números que salían en su historial. Sabía que aquello no estaba bien y se sintió muy culpable, pero cuando descubrió que su cantidad de glóbulos blancos no era tan mala como se temía, treinta mil como máximo, se sintió aliviada.

El 6 de agosto, asistió a la sexta Ceremonia por la Paz con su familia. Iban cada año y participaban en la ceremonia de los mil farolillos flotantes; cada uno de ellos encendía una vela que simbolizaba que el espíritu de los muertos viviría para siempre, para recordar a las víctimas de la bomba atómica. Al día siguiente, Sadako volvió al hospital muy emocionada y le dijo a Kiyo:

—*O-ne-e-chan*, ayer aprendí una canción nueva en la Ceremonia por la Paz. ¿Te la canto?

Sadako, que tenía una voz muy bonita, empezó a cantar *Genbaku O Yurusumaji* (Jamás permitiremos otra bomba atómica).

—¡Es preciosa, Sadako! —exclamó Kiyo—. Ayer oí la música desde la azotea del hospital y pensé que me gustaría aprender esta canción. ¡Gracias por enseñármela!

Sadako se sintió muy orgullosa de que Kiyo disfrutase tanto aprendiéndosela.

Era una niña con mucho talento. Ya no podía correr como antes, pero cantaba todo el tiempo. También le encantaba cuidar de los niños más pequeños del hospital, que a menudo la iban buscando por todas partes. No era extraño que Kiyo la llamase la «alcaldesa» del hospital.

7

Los pájaros de papel

Unos días después de la Ceremonia por la Paz, una enfermera entró en la habitación de Sadako con una cadena de grullas de papel.

—Mira, Sadako, ¿verdad que son bonitas? Una chica de un instituto de Nagoya ha enviado cientos de grullas de papel para nuestros pacientes. He pensado que a Kiyo y a ti os gustaría tener estas.

Sadako y Kiyo se pusieron muy contentas. La primera recordó una historia que su madre le había contado hacía años: si hacías mil grullas de papel, tu deseo se cumplía. Así que le dijo a su amiga:

—*O-ne-e-chan*, ¡hagamos grullas de papel!

—Vale —respondió Kiyo.

Empezaron juntas su proyecto de hacer mil pájaros de papel. Al principio, usaban cualquier clase de papel que encontraban, pero al final decidieron emplear unas hojas cuadradas que utilizaban en el hospital para envolver los medicamentos en polvo.

—Voy a hacer mil grullas, y voy a empezar aquí y ahora —afirmó Sadako, muy decidida.

Ahora tenía una misión. Pensaba hacer mil grullas de papel ella sola y así se le concedería su deseo. Se sentaba bien erguida en la cama y plegaba el papel con vehemencia hasta formar los pájaros. Estaba decidida a no dejar que nada se interpusiera en su camino. No tardó en darse cuenta de que si solo sacaba el papel de un sitio no tendría suficiente para cumplir su objetivo, así que buscaba con tenacidad todo el que pudiera encontrar, incluyendo papel de envolver y de caramelos. Sadako había colocado sus cadenas de pájaros de papel por toda la habitación y colgadas del techo.

—Sadako, ¡haces las grullas muy bien y muy rápido! —le dijo Kiyo.

—¡Tengo que hacerlas! —respondió ella—. Debo terminar las mil para ponerme mejor.

Había días en los que, aunque no se encontrara bien, seguía fielmente haciendo sus pájaros de papel. Durante una de sus visitas, a mediados de agosto, el señor Sasaki reparó en lo pálida y demacrada

que estaba su hija.

—Sadako, pareces cansada. ¿Por qué no dejas los pájaros un rato y descansas?

—No pasa nada, papá. Tengo una razón para hacerlos. Si hago mil, creo que mi deseo de volver a estar sana se hará realidad.

El tiempo pasaba y el número de grullas de papel crecía, pero, por desgracia, el estado de Sadako no solo no mejoraba, sino que el dolor y las molestias que sentía aumentaban. Pese a todo, Sadako seguía haciendo pájaros de papel, convencida de que así mejoraría.

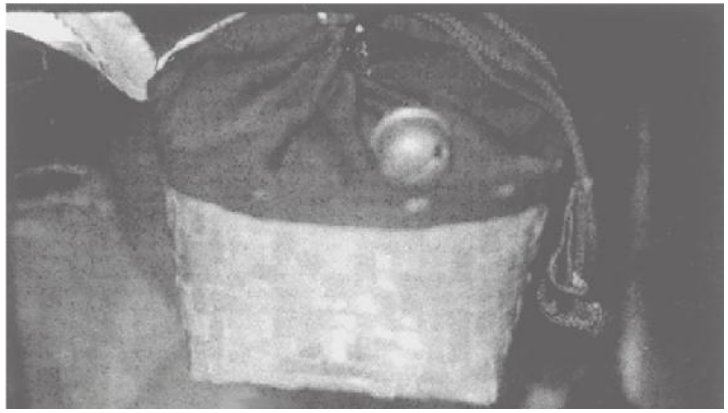
Al ver que el estado de su hija empeoraba, el señor Sasaki le pidió al doctor Numata que le permitiera pasar los fines de semana en casa con su familia. El médico sabía que a la niña no le quedaba mucho tiempo de vida, así que aceptó.

El tercer sábado de agosto, cuando fue a buscar a su hija al hospital, el señor Sasaki estaba tan eufórico como nervioso. Para Sadako, pasar el fin de semana en casa era una alegría casi tan grande como que le diesen el alta. Cogió la mano de su padre, muy animada, y caminó hacia casa lo más rápido que pudo. «¿Habrán sido las grullas de papel las que lo han hecho posible?», se preguntó.

Cuando Sadako y su padre llegaron a casa, toda la familia oyó los cascabeles que ella llevaba en su bolso preferido. Le dieron la bienvenida con gran alegría.

—¡Sadako! *Oka-e-ri-na-sai!* (‘¡Bienvenida a casa!’).

Con aquellas visitas, Sadako y su familia tenían algo especial que aguardar cada fin de semana. En una ocasión, la chica llegó a casa con regalos para todos que había comprado en la tienda del hospital. Sus parientes le habían regalado dinero y ella lo había guardado para comprar detalles para sus padres, sus dos hermanos y su hermana. Era una niña muy considerada y de buen corazón. Toda la familia aprovechaba al máximo aquellas visitas de dos días, porque sabían que pronto llegaría el momento en el que no habría más.



El bolso en el que Sadako guardaba sus pájaros de papel.

Sadako y su hermano Eiji.

Aunque aquellas visitas de fin de semana a casa eran una buena medicina para Sadako, su estado siguió empeorando. A finales de

agosto, tenía el cuerpo repleto de enormes manchas violáceas y las encías le sangraban constantemente. Y, sin embargo, había terminado sus mil grullas de papel. Estaba muy contenta de haberlo conseguido, pero demasiado débil para pensar siquiera en celebrarlo.

A principios de septiembre, los médicos anunciaron que Kiyo, la compañera de cuarto y querida amiga de Sadako, estaba curada y le dieron el alta. Fue un día muy feliz para Kiyo, pero agridulce para Sadako. Mientras se preparaba para marcharse del hospital, Kiyo dijo:

—Me siento muy mal por ti, Sadako. Hemos trabajado mucho para conseguir los mil pájaros de papel y que nuestro deseo se hiciera realidad. ¡Has hecho mil grullas de papel!

—*O-ne-e-chan*, voy a hacer otras mil —contestó ella con tristeza.

Se había quedado sola. A menudo, cuando miraba la cama vacía que había al lado de la suya, lloraba de miedo y soledad.

Sin embargo, nunca dejó de ser considerada y amable con los demás. Un día que Masahiro fue a visitarla, lo llevó a la cafetería del hospital y le compró sopa de fideos *udon*. En otra ocasión compró helados a Eiji y a Mitsue, sus hermanos pequeños.

A mediados de septiembre, Sadako se encontraba demasiado débil para ir a pasar el fin de semana a su casa, como de costumbre, lo que la entristeció muchísimo, sobre todo porque ya había hecho las mil grullas de papel.

«Tengo que hacer otras mil», se dijo. Se convenció de que aquella era la solución para su problema, y eso renovó su ambición y voluntad para llegar a los dos mil pájaros. Esta vez, como no le quedaba mucho papel, los hacía más pequeños con la ayuda de una aguja. Como ya no le quedaban muchas fuerzas, tardaba más en terminarlos. Aun así, por mucho esfuerzo o tiempo que le costase, Sadako estaba decidida a hacer otros mil pájaros de papel.

Sus padres sabían por qué su hija tenía aquel propósito. Sin embargo, cuando se enteraron de que había decidido hacer otras mil, se preocuparon; temían que una tarea tan ardua pudiera empeorar su estado. La señora Sasaki estaba especialmente intranquila, ya que se había dado cuenta de que ya tenía casi todo el cuerpo cubierto de manchas violáceas y que cada vez que le cepillaba el pelo se le caían mechones enteros.

Los síntomas de Sadako eran idénticos a los de muchos de sus

amigos que también habían padecido la enfermedad de la bomba atómica y habían acabado sufriendo una muerte dolorosa. El estado de Sadako era una realidad innegable. «¿Es este el destino de mi Sadako?», se preguntaba la señora Sasaki sin poder evitarlo.

Sadako en una de sus salidas de fin de semana.

8

No puedo hacer ninguno más

A principios de octubre, el estado de Sadako había empeorado tanto que ya no podía seguir haciendo sus pájaros de papel. Había hecho unos mil quinientos, que estaban entonces por toda su habitación. Intentaba continuar una y otra vez, pero le requería demasiado esfuerzo.

Había períodos en los que incluso respirar o caminar le resultaba difícil. Cada día, sufría numerosos síntomas relacionados con su enfermedad, entre los que se encontraban fiebres altas, hinchazón de las glándulas, dolor en los músculos y sangrado de encías. Tenía que quedarse en la cama la mayor parte del día.

Al final de cada jornada de trabajo, la señora Sasaki iba directamente al hospital. Solía quedarse a pasar la noche con Sadako, pero había días en los que se veía obligada a volver a casa a ocuparse de sus otros tres hijos. En una de esas ocasiones, cuando le dijo a Sadako que debía irse para cuidar del resto de la familia, la niña se sintió muy triste, pero intentó disimular sus verdaderos sentimientos y respondió:

—No pasa nada, mamá, lo entiendo.

No obstante, cuando la señora Sasaki vio que su hija tenía los ojos llenos de lágrimas, dijo:

—No me voy a ir, cariño, no mientras estés llorando. Escucha, Sadako, te prometo que después de hoy me quedaré contigo todas las noches, ¿vale?

La señora Sasaki cumplió su promesa, y pasó todas las noches en el hospital hasta la muerte de su hija, sin fallar ni una sola.

Sadako se había hecho muy dependiente de los cuidados y los mimos de su madre. No solo esperaba con ganas sus visitas, sino que disfrutaba de que la tratara como a una princesa; la hacía sentir segura y amada. Hasta se negaba a cenar hasta que no hubiese llegado. Pero, aunque dependía mucho de su madre, seguía mostrando un carácter amable y considerado. Una vez, la señora Sasaki tuvo un día especialmente difícil y se quejó de un dolor de cabeza muy fuerte.

—Déjame descansar un poco en tu cama, Sadako —le pidió, y se tumbó junto a ella para dar una cabezadita.

Al cabo de un rato, la niña despertó a su madre con suavidad. Estaba de pie, al lado de la cama, con un remedio para el dolor de cabeza y un vaso de agua en la mano.

La preocupación de Sadako conmovió a la señora Sasaki, sobre todo porque era consciente del gran esfuerzo que aquel gesto de amabilidad le había costado a su hija, que estaba muy enferma. Se tomó el medicamento que le había llevado y se sintió llena de orgullo y gratitud. Poco a poco, se le llenaron los ojos de lágrimas con sabor agridulce.

A mediados de octubre, Sadako estaba postrada en la cama de forma permanente. Sufría un dolor constante y tenía las articulaciones muy hinchadas y fiebres peligrosamente altas la mayoría del tiempo. El doctor Numata la examinó y se dispuso a administrarle un calmante, pero Sadako se negó a tomarlo, alegando que no eran buenos para el cuerpo.

—Es así, ¿verdad? —preguntó.

—Es posible, pero te ayudaría a descansar —repuso el médico.

Sin embargo, Sadako insistió en que no necesitaba ningún calmante.

Kenji, un paciente dos años mayor que Sadako que había al otro lado del pasillo, a menudo gritaba de dolor, y por eso le administraban calmantes con regularidad. Un día, sufrió uno de esos episodios mientras la señora Sasaki estaba con su hija, que le dijo:

—Mamá, Ken va a tomarse otro calmante. No son buenos para el cuerpo. ¡Yo no me los pienso tomar!

Parecía que Sadako había oído a algunos pacientes adultos hablar sobre los efectos secundarios de algunos calmantes y sobre los daños que podían causar en el corazón. Así que estaba decidida a evitarlos, a pesar de que sufría constantemente de graves dolores en todo el cuerpo.

9

Los últimos momentos de Sadako

Sobre las ocho de la mañana del 25 de octubre de 1955, en un día nublado y sombrío, sonó el teléfono de la barbería del señor Sasaki. Era su esposa y por su tono de voz supo que lo llamaba para darle malas noticias.

—Shigeo, date prisa, por favor, date prisa. Sadako se muere.

Hubo un momento de tenso silencio.

—Llego enseguida, salgo ahora mismo —respondió.

Justo antes de salir corriendo de su barbería, se acordó de llamar al señor Nomura, de la escuela primaria Nobori-cho, y de dejar un mensaje en el Instituto Nobori-cho para informar a Masahiro y a Mitsue de que fuesen al hospital de inmediato.

El señor Sasaki puso al pequeño Eiji en la cesta de la parte trasera de su bicicleta y pedaleó tan rápido como pudo hasta el hospital. Cuando entró a toda prisa en la habitación de Sadako, vio al lado de su esposa a una muchacha extremadamente pálida y enfermiza. Tenía los ojos cerrados, como si estuviera dormida. El señor Sasaki la llamó con suavidad.

—Sadako, ha llegado papi. ¿Puedes oírme?

Poco a poco, la frágil pequeña abrió los ojos y, con una voz apenas audible, dijo:

—Oh, papi… Me alegro mucho de que estés aquí. ¿Sabes? Me dolían mucho las piernas, pero el doctor ni siquiera las ha mirado. Me ha examinado la barriga. ¿Crees que me ha dado por perdida?

Su padre respondió para tranquilizarla:

—¡Pues claro que no! Voy a ir a verlo ahora mismo para que me cuente qué es lo que pasa.

El señor Sasaki fue a buscar al doctor Numata y, tras una breve conversación, volvieron juntos a la habitación de Sadako. El médico examinó las piernas de Sadako con cuidado y gentileza, y cuando terminó, le puso una inyección. Estaba a punto de salir de la habitación, cuando entró Masahiro, seguido del señor Nomura y de Mitsue. Masahiro había llegado en tren y Mitsue había ido de paquete en la bicicleta del profesor. Unos minutos después de su llegada, un grupo de antiguos alumnos del sexto curso de Sadako llegaron para visitarla. Al cabo de una hora, la habitación estaba repleta de amigos y familiares.

El señor Nomura se acercó a la cama para ver mejor a su antigua alumna. En silencio, se preguntó: «¿Qué le ha pasado a la corredora estrella de la clase Bambú, que era siempre tan activa y estaba tan sana? ¿Es esta chica de aspecto tan frágil y enfermizo la misma Sadako?».

—Sadako, ¿te gustaría comer algo? —le propuso el señor Sasaki.

Con los ojos todavía cerrados, ella respondió con suavidad:

—No, papi, nada.

—Por favor, Sadako, intenta comer alguna cosa. Tienes que recuperar fuerzas.

—Está bien, papi. Me gustaría un poco de *ochakuze*, por favor.

El *ochakuze* es un plato sencillo de arroz condimentado y mezclado con té caliente. Es una delicia típica japonesa. El señor Sasaki le pidió a su esposa que fuese a las cocinas del hospital a prepararlo. Cuando la mujer volvió con un cuenco de *ochakuze* recién hecho, se lo dio a su esposo, que empezó a dárselo a su hija con una cuchara, poco a poco y con mucho cariño. Sadako comió tres cucharadas de *ochakuze*, e incluso algunos pepinillos. Con una vocecilla contenida, dijo:

—*Oi-shi-i* (Está muy bueno).

Luego cerró los ojos. Aquellas fueron las últimas palabras de Sadako.

El señor Sasaki llamó al doctor Numata, que vino a toda prisa. Comprobó los signos vitales de la niña y luego se volvió hacia sus padres y dijo con seriedad:

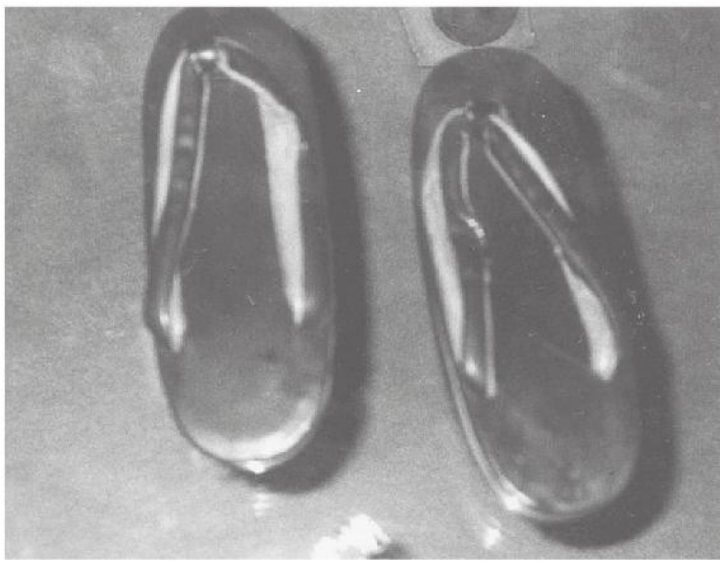
—Ha fallecido.

Eran las 9.57 horas.

El funeral de Sadako tuvo lugar al día siguiente; asistieron todos los estudiantes de la antigua clase Bambú. Los amigos y compañeros de Sadako estuvieron extremadamente tristes durante el entierro; algunos rompieron a llorar al mirar la fotografía que había frente al altar. Pensar que su querida amiga Sadako había muerto los hacía sentir mal. Muchos de ellos también estaban enfadados; tras hacer más de mil grullas de papel con tanto esmero, Sadako no se había curado.

En uno de los últimos rituales de la ceremonia, la señora Sasaki colocó una *kokeshi* en el ataúd de Sadako. Era la muñeca *kokeshi* de madera que la clase Bambú le había regalado y que ella había tenido junto a su cama durante su estancia en el hospital. Después el señor Sasaki metió cientos de grullas de papel en el ataúd de su hija.

Vestida con el kimono de flores de cerezo y con el cuerpo adornado con los pájaros de papel, Sadako parecía una delicada muñeca de porcelana. Luego sus padres repartieron los pájaros que quedaban entre los compañeros de su hija, uno por uno, con la esperanza de que sus amigos la recordasen.



Las sandalias del kimono de Sadako.

El señor y la señora Sasaki dieron las gracias a la gente que había asistido al funeral y dijeron a los estudiantes que esperaban que los

pájaros de Sadako, que ella había hecho con tanta pasión y dedicación, llevasen a su hija al cielo, desde donde podría cuidar de Hiroshima e incluso del mundo.

10

El *Monumento a la Paz de los Niños*

El 26 de octubre de 1955, el periódico vespertino de Hiroshima publicó un pequeño artículo que informaba brevemente de la muerte de una niña que había sufrido los efectos de la radiación de la bomba atómica. «La muerte de Sadako Sasaki es la número catorce en el Instituto Nobori-cho de este año. Sufría la enfermedad de la bomba atómica desde el pasado otoño. Estuvo expuesta a la bomba hace diez años y ahora ha fallecido… Es la decimocuarta muerte en este instituto… Iba al séptimo curso… Tenía doce años.» El obituario se publicó en un momento en el que la mayoría de los ciudadanos japoneses ya se habían distanciado del espantoso recuerdo de la guerra.

No mucho después del funeral, los miembros de la clase Bambú se reunieron para compartir su pena. Muchos de ellos se sentían culpables por no haber visitado a Sadako más a menudo durante su estancia en el hospital, sobre todo después de que empezasen las vacaciones de verano. Decidieron hacer algo por ella, motivados por aquellos remordimientos. «¿Qué podríamos hacer?», se preguntaban.

—¿Y si ponemos una placa en el parque de la Paz? —sugirió una de las chicas—. Sí, para recordar a Sadako y a los demás niños que murieron por la *pika*.

Todos estuvieron de acuerdo con que una placa era una buena idea.

—Pero eso es caro —apuntó otra persona.

—¿De dónde vamos a sacar el dinero para ponerla?

La idea de la placa conmemorativa los emocionaba, pero la realidad era que debían conseguir el dinero necesario para comprarla, y eso les resultaba frustrante y los desanimaba. Obviamente, los recursos de unos estudiantes de secundaria para recaudar una gran suma de dinero eran limitados. Como alternativa, otro alumno sugirió llevar flores a la tumba cada mes para recordar el día que Sadako había muerto. Todos estuvieron de acuerdo en que aquel homenaje no solo era una buena idea, sino que estaba dentro de sus limitadas posibilidades económicas. Poco imaginaban que el destino ya se estaba preparando para cambiar sus planes de una forma de lo más drástica.

Un tiempo después de la muerte de su hija, los Sasaki organizaron una pequeña reunión para recordarla en su casa de Moto-machi. El señor Nomura, los compañeros de la clase Bambú de Sadako y un joven Ichiro Kawamoto estaban invitados, además de los familiares de Sadako. El señor Kawamoto era un hombre muy concienzudo que dedicaba gran parte de su tiempo al voluntariado, a conseguir apoyos para las víctimas que tenían alguna discapacidad como consecuencia de la bomba. Muchas de aquellas personas no podían trabajar, y él solía gastar su propio dinero para ayudarlas.

Cuando cayó la bomba en Hiroshima, el señor Kawamoto tenía dieciséis años y trabajaba en la central eléctrica de la bahía de la ciudad. Por suerte, la explosión no le afectó directamente porque la central estaba a cierta distancia del centro, que fue donde cayó la bomba. Poco después de la catástrofe, el señor Kawamoto fue a la zona devastada como voluntario en un equipo de rescate e hizo todo lo posible para ayudar a la multitud de hombres, mujeres y niños heridos. Su mente joven e impresionable no olvidó jamás los horrores que vio en aquel día que cambiaría su vida entera. El joven señor Kawamoto se juró que dedicaría su existencia a ayudar a las víctimas de la bomba atómica.

Le había contado al señor Nomura su idea de construir una estatua conmemorativa en honor de Sadako y de todos los niños que

habían muerto por la enfermedad de la bomba atómica. El profesor le habló entonces de la reunión para recordar a Sadako que se iba a celebrar pronto en casa de los Sasaki, y así fue como el señor Kawamoto fue invitado a asistir. Tenía muchas ganas de ir a casa de la familia Sasaki y contar su idea a todo el mundo. Cuando llegó el momento de hacerlo, habló con entusiasmo:

—¡Amigos! Creo que, si todos trabajamos juntos, podemos erigir una estatua conmemorativa para Sadako y todos los niños que murieron por la *pika*. Nadie puede hacerlo solo, así que necesito vuestra ayuda. Nos necesitamos los unos a los otros.

Todos los presentes accedieron, entusiasmados.

El resto de la reunión fue una especie de milagro. Los antiguos compañeros de clase de Sadako, la clase Bambú, y los demás, inspirados por la idea del señor Kawamoto, se pusieron de acuerdo en su deseo común de levantar una estatua conmemorativa. Había nacido un sueño.

El señor Kawamoto. Uno de los encuentros conmemorativos.

—¿Dónde y cómo conseguiremos el dinero para la estatua? —preguntó alguien.

El señor Kawamoto miró a todos los presentes con semblante

serio.

—Tengo una idea. Dentro de un par de días se celebrará la Convención Nacional de Directores en el Centro de Convenciones de la ciudad. El congreso durará del 10 al 12 de noviembre y asistirán más de dos mil directores de centros educativos de todo Japón. ¿Qué os parece si preparamos unos folletos y los distribuimos allí? Podemos utilizarlos para hablarles del caso de Sadako y pedir ayuda para nuestra causa.

Los compañeros de Sadako se quedaron impresionados con la propuesta; a ellos no se les habría ocurrido jamás que pudieran ser capaces de recaudar dinero para poner siquiera una losa. Estaban emocionados con el proyecto de levantar una estatua en el parque de la Paz. La idea del señor Kawamoto se aceptó por unanimidad. Con un entusiasmo renovado, empezaron a prepararse para poner el plan en marcha. Sin embargo, había una cuestión vital para la que debían encontrar una solución de inmediato: imprimir dos mil folletos y distribuirlos a tiempo. El señor Kawamoto dijo:

—En primer lugar, necesitamos un mimeógrafo.

—Podéis usar el de la escuela —se ofreció el señor Nomura.

Entonces el señor Kawamoto miró a los presentes a los ojos y dijo:

—Podemos hacerlo si trabajamos en equipo. Pero queda poco tiempo para la convención, así que debemos ser rápidos.

Inspirados y unidos por su noble causa, los estudiantes se pusieron de inmediato manos a la obra. Recaudaron todo el dinero que pudieron con sus asignaciones semanales. Los que tenían habilidades artísticas diseñaron un folleto sobre la plancha entintada del mimeógrafo. Por turnos, empezaron con la laboriosa tarea de producir dos mil folletos, uno a uno y a mano. El señor Nomura y el señor Kawamoto también participaron en esta tarea. Sin embargo, cuando llegó el primer día de la convención, todavía no habían terminado los dos mil folletos necesarios. No fue hasta más tarde, la noche del 11 de noviembre, cuando los folletos estuvieron listos para ser distribuidos.

Esto es lo que los estudiantes escribieron:

LEVANTEMOS UNA ESTATUA PARA
LOS NIÑOS DE LA BOMBA ATÓMICA

Tras enterarnos de que los directores de centros educativos de todo Japón celebrarían este encuentro, hemos querido compartir con ustedes la historia que les contamos a continuación.

Nuestra querida amiga Sadako Sasaki murió el 25 de octubre. Fue una íntima amiga desde nuestra primera infancia: estudiábamos y jugábamos juntos. Sin embargo, en enero de este año, la inocente Sadako se puso enferma de repente y, tras pasar nueve largos meses en el hospital, falleció. Saber que Sadako era consciente de que su enfermedad era mortal nos entristece mucho, pero no hay nada que podamos hacer ahora al respecto. No obstante, no querríamos que su muerte fuera en vano, así que albergamos la esperanza de levantar una estatua en honor a todos los niños fallecidos por la enfermedad de la bomba atómica. Estamos hoy aquí para que conozcan nuestro proyecto, honorables directores, y para pedirles que comuniquen nuestro mensaje a todos nuestros compañeros de los institutos del país y que los animen a ayudarnos. Hoy hemos venido aquí para hacer esta petic

Los alumnos de séptimo curso de la
escuela secundaria municipal Nobori-cho
Todos los compañeros de la difunta
Sadako Sasaki

Al día siguiente, el último de la convención, enviaron a cuatro chicos y cuatro chicas del grupo al centro de convenciones para distribuir los dos mil folletos. Era un sábado, y ese día no había un descanso de las clases hasta el mediodía. Los ocho estudiantes que formaban el grupo se saltaron la comida, pero no llegaron al centro hasta la una y cuarto de la tarde. En la recepción les dijeron que, como la sesión de la una ya había empezado, tendrían que esperar hasta que terminase, a las tres en punto.

No había nada que pudieran hacer, excepto esperar a que llegase la hora en la que acabaría la sesión. Para aquellos muchachos, que tan nerviosos estaban, fue la espera más larga de sus vidas. Cuando se acercaban las tres de la tarde, el señor Kawamoto llegó para ver cómo les iba y preguntarles si podía ser de ayuda; se había tomado un poco de tiempo libre para echarles una mano. De repente, las puertas de la sala de reuniones se abrieron y los directores empezaron a salir poco a poco. Los ocho estudiantes se dirigieron a ellos con sus folletos.

—Por favor, lean esto. ¡Por favor! Es importante.

Muchos de los directores se quedaron anonadados con aquella petición inesperada. Algunos ignoraron los folletos y otros se los metieron en el bolsillo, pero un buen puñado de ellos se tomó el tiempo necesario para leer lo que ponía.

Uno de los directores vio la fotografía ampliada de Sadako que sostenía uno de los estudiantes. Era evidente que lo conmovió muchísimo; entregó su aportación a otro alumno y les deseó a todos buena suerte con la recaudación de dinero.

Cuando el último grupo de directores abandonó el centro de convenciones, los jóvenes admiradores de Sadako supieron que su campaña había sido un éxito. Tenían un largo camino por delante, pero ¡estaban en ello y nada les detendría!

11

El círculo de unión se amplía

En diciembre, en las ciudades de Hokkaido y Tohoku, al norte de Japón, cada vez más estudiantes que habían oído la historia de Sadako empezaron a mostrar un gran interés por el proyecto de la estatua conmemorativa. Muchos de los directores que habían leído los folletos los repartieron entre sus alumnos, a los que informaron sobre la tragedia de Sadako para que se involucraran.

Casualmente, el año que murió fue también el año en que el Museo de la Bomba Atómica del Parque Conmemorativo de la Paz de Hiroshima abrió sus puertas al público. Al visitarlo, muchos de los directores de colegios recordaron vívidamente la devastación que había causado la bomba. Se conmovieron de inmediato ante el dolor y el sufrimiento que había causado la explosión cuando vieron la exposición, en la que aparecían horrores como la lluvia negra que había cubierto Hiroshima tras la caída de la bomba: hombres, mujeres y niños que habían perdido el pelo debido a la radiación, vigas de hierro retorcidas por la explosión, soldados jóvenes con las encías sangrantes y los cuerpos oscurecidos por manchas violáceas y los restos calcinados de casas derrumbadas.

Póster utilizado para la recaudación de fondos.

El nuevo museo y la historia de Sadako impactaron profundamente a los directores. Para motivar a sus alumnos, hicieron llamamientos para que se involucraran en el proyecto de la estatua conmemorativa. Promovieron las virtudes de la paz y, sobre todo, utilizaron sus voces para pedirle al mundo que no volviese a utilizar jamás la bomba atómica. La historia de Sadako y de la bomba de Hiroshima conmovió tanto a los estudiantes que decidieron, de inmediato y por unanimidad, ayudar a recaudar fondos para levantar la estatua. Como resultado, empezaron a llegar gran cantidad de donaciones de muchos institutos de varios distritos.

A finales de diciembre, el Consejo Estudiantil de la escuela

secundaria Ashibetsu de Hokkaido había contribuido con cuatrocientos dólares. Los compañeros de Sadako no cabían en sí de alegría; estaban más entusiasmados que nunca. Se sintieron especialmente complacidos cuando los alumnos del Instituto Ashibetsu prometieron contactar con otros institutos de Hokkaido para animarlos a apoyar el proyecto conmemorativo.

Cuando llegó el 31 de diciembre, el total de las aportaciones ascendía a mil doscientos dólares; además, ¡con la llegada del nuevo año siguieron recibiendo más!

Animados por el torrente de donaciones, los antiguos compañeros de clase de Sadako estaban cada vez más comprometidos e involucrados en las actividades para recaudar fondos. Formaron un grupo oficial llamado Kokeshi-no-kai, la Asociación de la Muñeca de Madera. Le pusieron ese nombre en recuerdo de la muñeca *kokeshi* que Sadako había tenido junto a su cama durante su estancia en el hospital, aunque entre los miembros de la Kokeshi-no-kai había más gente, además de los estudiantes de la clase Bambú. Para recaudar fondos, los miembros de la asociación iban por Hiroshima solicitando contribuciones de manera directa.

Cada día que pasaba, el círculo se ampliaba más: la Kokeshi-no-kai enseguida se convirtió en un grupo muy reconocido en la ciudad. Recibía apoyos de escuelas primarias y secundarias, y de escuelas secundarias superiores. Además, también recibía donaciones de muchas otras fuentes. Debido a su éxito y a su rápido crecimiento, los representantes de los centros educativos de primaria y secundaria formaron un nuevo grupo llamado el Consejo de Niños y Estudiantes de Hiroshima para la Creación de la Paz. El hermano de Sadako, Masahiro, que entonces cursaba el noveno curso de la escuela secundaria Nobori-cho, y Kiyo Okura, la antigua compañera de habitación de Sadako en el hospital, formaron parte de este consejo.

Masahiro, el hermano de Sadako. Evento para la recaudación de fondos. Kiyo Okura.

El 1 de marzo de 1956, el Consejo escribió una carta a las escuelas primarias e institutos de todo el país.

> Tras una hospitalización larga y dolorosa, Sadako murió. Yoshito, una alumna del cuarto curso, también murió de la enfermedad de la bomba atómica. Sadako solo tenía dos años cuando cayó la bomba. Inmediatamente después de la explosión, su madre se la subió a la espalda y, temiendo por sus vidas, corrió hasta Kusunoki-cho. Por suerte, ambas sobrevivieron. No obstante, hace un año, a Sadako le diagnosticaron la enfermedad de la bomba atómica, aunque el término médico oficial que recibió fue «leucemia mieloide aguda». Durante nueve largos y dolorosos meses, Sadako sufrió esta enfermedad hasta que, al final, falleció. Cada día de encierro fue para ella un calvario insoportable; sin embargo, Sadako era fuerte y estaba llena de esperanza y lo aguantó sin quejarse. Como amigos y compañeros suyos, a menudo la visitamos en el Hospital de la Cruz Roja, donde estaba siempre en la cama haciendo con esmero sus grullas de papel. Cuando le preguntamos por qué quería hacer tantas, contestó: «¿Para qué creéis que es? Quiero mejorar cuanto antes». Jamás olvidaremos la expresión de su rostro: era de absoluta determinación. Nuestra querida y atlética Sadako estaba decidida a curarse para poder empezar de nuevo a ganar carreras. Durante su estancia en el hospital, consiguió hacer más de mil grullas de papel. Tras su muerte, se nos dio una a cada uno de nosotros como recuerdo. Luego cogimos todas las que quedaban y las pusimos sobre su cara y su pecho, dentro del ataúd. Después nos despedimos de ella por última vez.

Hasta el día de hoy, muchos habitantes de Hiroshima siguen muriendo uno tras otro como consecuencia de la enfermedad de la bomba atómica. También hay niños, como Sadako y Yoshito, que sobrevivieron a la bomba sin un rasguño y fueron a la escuela, como los demás, solo para acabar muriendo por culpa de esa terrible bomba. No era su guerra, pero fueron obligados a pagar el precio. ¿Por qué nos ha pasado esto a nosotros? Y la gente de Hiroshima no ha sido la única herida por esta guerra. Niños y estudiantes de todo el país siguen sufriendo por su culpa, y muchos de ellos todavía viven en condiciones lamentables. Nuestros diez mil hermanos y hermanas que fallecieron quemados por culpa de la bomba atómica no querían morir. Qué horrible debió de ser su sufrimiento.

Sadako murió, pero, hoy por hoy, todavía no tiene un altar tradicional. Además, su familia se ve obligada a vivir en una casucha fría y con corrientes de aire. Queridos amigos: es nuestro deseo honrar el espíritu de esos niños, muchos de los cuales fueron nuestros amigos más preciados. Estamos ahorrando nuestras asignaciones y rezando para que nuestro sueño de construir una estatua para los niños de la bomba atómica se haga realidad. Con este fin, nos hemos unido en una causa común para conseguir los recursos económicos que nos permitan alcanzar nuestro objetivo. No nos cabe duda de que sabrán que un proyecto de esta envergadura es muy costoso: este es el problema que ahora debemos resolver.

¿Tendrán la amabilidad de unirse a nosotros? Necesitamos desesperadamente su apoyo y sus ánimos. Se lo pedimos de todo corazón.

El Consejo de Niños y Estudiantes de
Hiroshima para la Creación de la Paz
Masahi Nakamura, responsable del Instituto de Moto-machi de
la ciudad de Hiroshima

Con esta carta consiguieron unir la ciudad de Hiroshima con centros educativos de todo el país. Como resultado, las contribuciones se incrementaron de forma drástica. A finales de agosto, disponían de un total de trescientos sesenta mil dólares; en diciembre, cuando la campaña de recaudación terminó oficialmente, el Consejo había

reunido la asombrosa cifra de cuatrocientos cincuenta mil dólares.

Al principio, aquella noble causa había parecido un sueño imposible. Sin embargo, tras tanto y tan duro trabajo, dedicación y organización, ese sueño estaba por fin a su alcance. Levantarían una estatua conmemorativa. Con unos resultados finales que habían superado todas sus expectativas, el grupo que originalmente se había reunido para honrar a Sadako no podía contener su alegría.

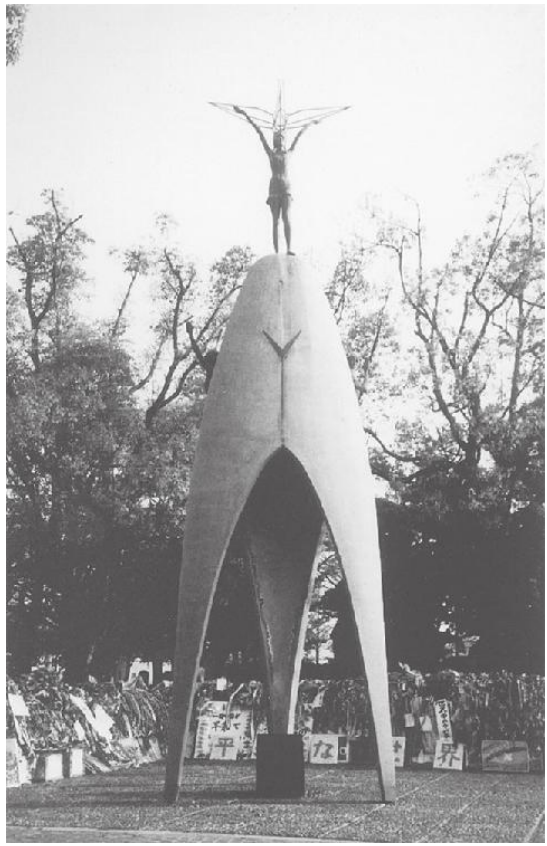
12

Una oración por la paz

Gracias al apoyo de más de tres mil escuelas e institutos y a miles de donaciones individuales, el sueño de erigir la estatua conmemorativa por fin se hizo realidad. Se llamaría *Genbaku-no-Ko-no-Zo* o *Monumento a la Paz de los Niños*, y la modelo sería Sadako Sasaki.

El 5 de mayo de 1958, el Día de los Niños en Japón, se celebró la ceremonia de inauguración en el parque de la Paz de Hiroshima. Todos los antiguos compañeros de clase de Sadako y muchas otras personas que habían participado activamente en el proyecto se sentaron alrededor del pie de la estatua. Junto a ellos, asistieron diez mil emocionados niños y estudiantes en representación de cuarenta y siete escuelas.

La familia Sasaki estaba sentada junto a los miembros de la Kokeshi-no-kai original, la principal fuerza impulsora del proyecto conmemorativo.



El *Monumento a la Paz de los Niños.*

El inicio oficial de la ceremonia tuvo lugar cuando Mitsue, la hermana menor de Sadako, y Eiji, su hermano pequeño, se acercaron al pie de la estatua para tirar de la cuerda que descubriría el enorme monumento. Cuando la tela que lo tapaba cayó al suelo, *Genbaku-no-Ko-no-Zo* quedó oficialmente inaugurado. El sueño de tantas personas se había hecho realidad. En la parte más alta del monumento se erigía la figura de una muchacha que, con una enorme grulla en las manos, miraba hacia el cielo.

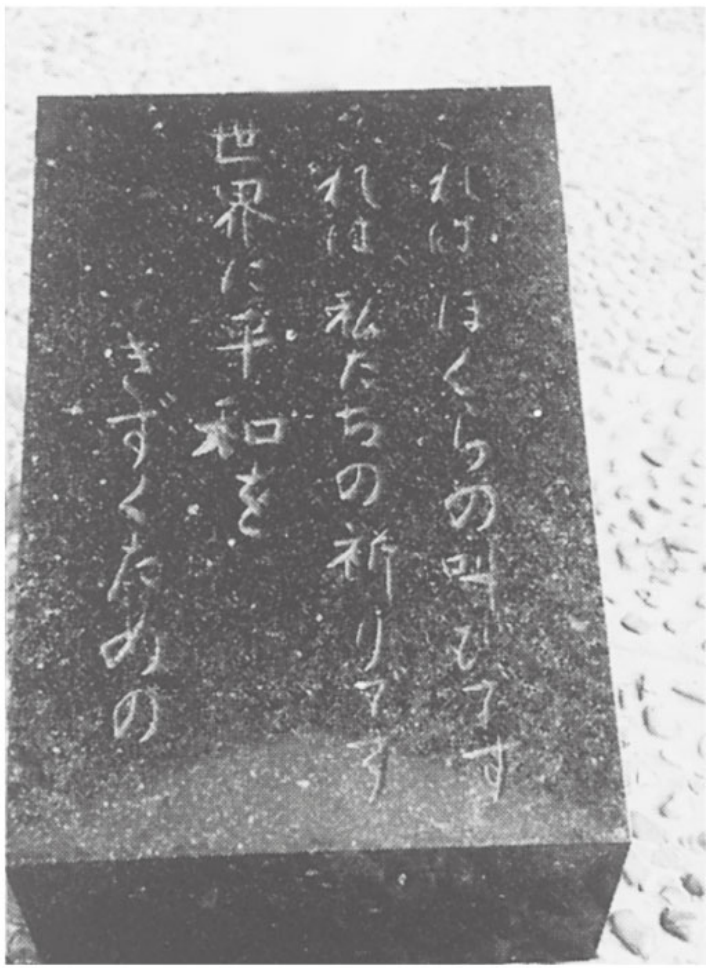
Cuando el señor y la señora Sasaki miraron la estatua que tanto se parecía a Sadako encima del monumento, tuvieron que controlarse para no gritar el nombre de su hija. En silencio, recordaron los días en los que su pequeña era una niña sana y feliz.

—Aunque nuestra Sadako ya no está con nosotros, su espíritu sigue vivo y es un símbolo de la paz para todos los niños del mundo.

En el pie de la estatua, de granito oscuro, están grabadas las siguientes palabras:

ESTE ES NUESTRO LLANTO.
ESTA ES NUESTRA ORACIÓN:
CREAR LA PAZ EN EL MUNDO.

Estas son las palabras, las oraciones y los llantos de las víctimas de la bomba atómica, las pasadas y las presentes. ¡Y deben ser escuchadas y recordadas por todas las personas del mundo!



Base del monumento.

Hoy en día, el monumento sigue cubierto de miles de grullas de papel que la gente de todo el mundo envía o lleva hasta él como símbolo de la paz. Es un vívido recordatorio para todos los que lo visitan de que se erigió para reclamar la paz mundial.

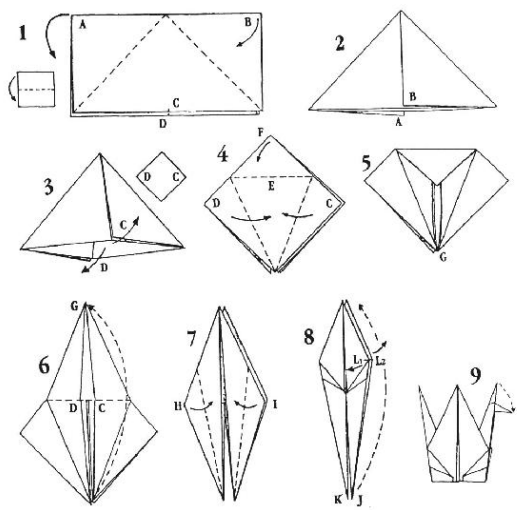
La paz debe triunfar.

Bibliografía

Orizuru no Kodomotachi, de Masamoto Nasu.[1]
Orizuru no Shojo, de Masao Taira.
Tobe Senbazuru, de Yusuke Tejima.
Senbazuru no Negai, de Tamijo Yamashita.
Kokeshi, de Kokeshi no Kai.

Cómo hacer una grulla de papel

por Camy Condon



1. Coge una hoja de papel cuadrada y dóblala por la mitad de forma horizontal. Luego dobla A hacia atrás, hasta el centro por la parte de abajo (D), y B hacia delante, hasta el centro por la parte de arriba (C).
2. El papel debería tener este aspecto.
3. Tira de C (por delante) y de D (por detrás) todo lo que puedas, hasta que tengas un diamante plano (como en la imagen).
4. Dobla las capas superiores de C y D hasta la línea del centro (E) y dobla F hacia abajo por la línea de puntos.

5. El papel debería tener este aspecto.
6. Ahora viene lo difícil: deshaz el paso 4. Coge la capa superior solo por G y levántala, utilizando el pliegue (la línea de puntos). Esto permite que los puntos C y D vuelvan a plegarse por la línea del centro, siguiendo los pliegues. Dale la vuelta al papel y repite los pasos 4, 5 y 6, ignorando la solapa cuyo extremo es el punto G.
7. Coloca la parte de las solapas partidas abajo y dobla H e I hacia dentro, de forma que los bordes queden alineados con el centro. Dale la vuelta al papel y repite el mismo paso.
8. Abre momentáneamente las solapas L1 y L2. Levanta J hasta arriba, mételo entre las solapas (L1 y L2) y ciérralas. Repite el mismo paso con K. Dobla la cabeza y luego las alas.

La canción

GENBAKU O YURUSUMAJI

La primera estrofa en japonés:

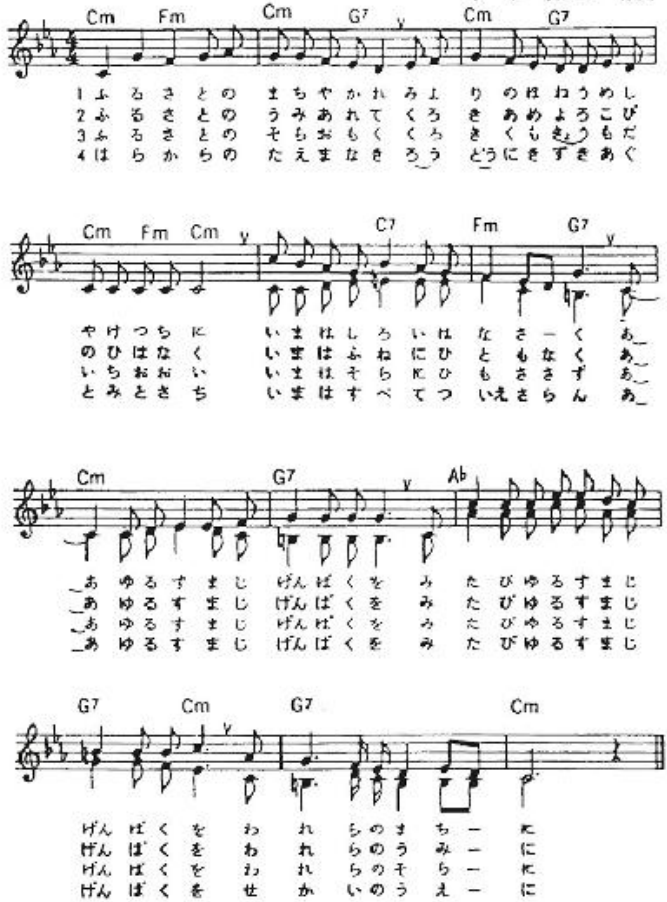
Furusato no machi yakare
Miyori no hone umeshi
Yake tsuchi ni ima wa shiroi hana saku
Ah, yurusumaji
Gen baku o warera no machi ni.

La traducción:

Mi dulce hogar, han quemado mi dulce hogar;
he enterrado a mis seres queridos en el suelo,
que antes no ardía.
Ahora nacen blancas flores.
Oh, la bomba atómica, la debemos evitar.
Oh, la bomba atómica, no la permitiremos más
en nuestra dulce, dulce tierra.

原爆を許すまじ

浅田石二 作詞
木下航二 作曲



『ヒロシマの旅』（広島県歴史教育者協議会・「ヒロシマの碑」建設委員会・広島県高校生平和ゼミナール編，平和文化，1983年発行）より転載

JASRAC 出9709024-701

Mil pájaros de papel

Diez años después de que la bomba atómica cayera en Hiroshima, la joven Sadako Sasaki murió de una leucemia provocada por este desastre humanitario. Sin perder la determinación que la caracterizó durante su vida, Sadako se propuso hacer mil pájaros de origami con la esperanza de que, como cuenta la leyenda, los dioses la sanasen. Sus familiares y amigos la acompañaron en una carrera contra el tiempo que los unió todavía más.

En este libro, Ishii Takayuki cuenta a los jóvenes (y a los no tan jóvenes) la historia real que hay detrás del Monumento a la Paz de los Niños en Hiroshima.

Takayuki Ishii, nacido en Tokio, se convirtió al cristianismo a los dieciséis años. Tras graduarse en la Universidad de Meiji Gakuin, sintió la llamada y se ordenó sacerdote. Cursó un máster de Divinidad en el Seminario Teológico McCormick de Chicago.

Ishii ha sido pastor en una iglesia japonesaamericana, en una iglesia afroamericana y en diversas congregaciones predominantemente blancas en zonas rurales y suburbanas. Cuando se publicó este libro, era el pastor de la Iglesia metodista unida de Metropolitan-Duane, una congregación multicultural de la ciudad de NuevaYork.

Ishii está casado con Jeanette Lynne Bassinger-Ishii, también pastora de la Iglesia metodista unida, y tienen un hijo, Scott Kenji Ishii.

Título original: *One Thousand Paper Cranes*

Edición en formato digital: septiembre de 2020

© 1997, Takayuki Ishii
Publicado por acuerdo con Harold Ober Associates and International Editors' Co.
© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2020, Elena Macian Masip, por la traducción
© Sarah Carlson, por las ilustraciones

Fotografías cedidas por Takayuki Ishii, Ichiro Kawamoto, Masahiro Sasaki, Kiyo Ohkura, Marie Bogart y el Museo Memorial de la Paz de Hiroshima

Diseño e ilustración de portada: Ed Carosia

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17605-61-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

Visita:
ebooks.megustaleer.club

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

[1] Nasu, Masamoto, *Children of the Paper Crane: The Story of Sadako Sasaki and Her Struggle with the A-Bomb Disease,* Nueva York, Routledge, 1991. Trad. al inglés de Baldwin, Elizabeth W., Leeper, Steven L. y Yoshida, Kyoko.

Índice

Mil pájaros de papel

Introducción

Prefacio

1. La bomba atómica y la radiación
2. Una mañana inolvidable
3. Una fuga desesperada
4. La enfermedad de Sadako
5. *Sayonara*, queridos amigos
6. Mi amiga Yukiko
7. Los pájaros de papel
8. No puedo hacer ninguno más
9. Los últimos momentos de Sadako
10. El *Monumento a la Paz de los Niños*
11. El círculo de unión se amplía
12. Una oración por la paz

Bibliografía

Cómo hacer una grulla de papel

La canción

Sobre este libro

Sobre Takayuki Ishii

Créditos

Notas